

HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Introducción

Los Hechos de los Apóstoles se dividen esencialmente en tres partes: los capítulos 1 y 2 hasta el 12, y desde el capítulo 13 hasta el final. Los capítulos 11 y 12 podemos llamarlos de transición, basándonos en la historia descrita en el capítulo 10. El primer capítulo nos ofrece la relación con la resurrección del Señor; los capítulos 2 a 12, la obra del Espíritu Santo, de la que Jerusalén y los judíos eran el centro ramificado gracias a la libre acción del Espíritu de Dios, independiente y a la vez inseparable de los doce, con Jerusalén como centro. El capítulo 13 y sucesivos hablan de la obra de Pablo, surgida a partir de una misión diferente en Antioquía. El capítulo 15 relaciona ambos capítulos para mantener una unificación del hilo narrativo. Tenemos, en la segunda parte, la admisión de los gentiles, siempre en relación con la obra que salía de entre los judíos. Estos rechazaron el testimonio del Espíritu acerca de un Cristo glorificado, como habían rechazado al Hijo de Dios en su humillación. Así pues, Dios preparó una obra independientemente de ellos, con la que el apóstol de los gentiles puso el fundamento que anulaba la distinción entre judío y gentil y los unía —estando ambos muertos en delitos y pecados— a Cristo, la Cabeza de su cuerpo, la asamblea, en el cielo¹.

Capítulo 1

Examinemos la trayectoria de los capítulos. El primero nos proporciona el relato de la resurrección de Jesús y las acciones de los apóstoles antes del descenso del Espíritu Santo. Los mensajes del Señor presentan varios puntos interesantes. Como Hombre resucitado, Jesús actúa y habla por el Espíritu después de volver a la vida, como lo hiciera anteriormente, señal distinguida de nuestra posición que nos recuerda que tendremos al Espíritu Santo tras nuestra resurrección y que, al no estar ya sujetos a la mortificación de la carne, su divina energía nos consagrará completamente al gozo y adoración eternos, así como al servicio que Dios nos encomendará. El Señor resucitado da mandamientos a los discípulos respecto a la nueva posición que asumirá. Su vida y servicio tendrán que ser formados y guiados contando con que resucitó, una verdad de la que tenían pruebas irrefutables. Ellos estaban aún en la tierra pero eran peregrinos, y consideraban resucitado de entre los muertos al que se había ido. Sus relaciones con él seguían vinculadas a su posición terrenal; les habla del reino y de lo concerniente a él. Jerusalén era el punto crucial de su ministerio, más aún de lo que lo fue el suyo. Había congregado a los menesterosos del rebaño donde los encontró: en Galilea². Habiéndole investido de poder la resurrección como objeto de las firmes misericordias de David, insta nuevamente a Israel a que reconozca como Príncipe y Salvador al que habían rechazado como Mesías vivo sobre la tierra. Desde este punto de vista, las epístolas de Pedro guardan relación con el evangelio.

Sin embargo, para ejercer este ministerio era necesario que ellos esperaran el cumplimiento de la promesa del Padre, al Espíritu Santo, con el que iban a ser bautizados según

¹ Es triste pero instructivo ver que en la última división del libro la energía espiritual de Pablo concluye, en cuanto al efecto que le imprimió a su obra, en la sombra de una celda. Sin embargo, vemos la sabiduría de Dios en ello. El jactancioso apostolicismo de Roma nunca tuvo un apóstol, sino un prisionero; y el cristianismo, tal como testimonia la epístola a los Romanos, ya estaba implantado allí.

² La misión en Lucas 24 es la cumplida, tanto en los discursos de Pedro como en los de Pablo, en el libro de los Hechos, pero sobre todo en los capítulos 2 y 13, no como en Mateo 28 donde, en efecto, se trataba solo de los gentiles. El evangelio de Lucas versaba sobre Su ascenso desde Betania; el de Mateo, sobre la resurrección desde Galilea, donde él había ido a buscar a los menesterosos del rebaño (cf Mt 4:15).

el testimonio de Juan, un cumplimiento que, según Jesús les reafirmó, pronto tendría lugar. La misión del Espíritu Santo los condujo al mismo tiempo fuera del campo judío de las promesas puramente temporales. La promesa del Padre acerca del Espíritu era algo muy distinto de la promesa de la restauración del reino israelita por el poder de Jehová, Dios del juicio. No era de su incumbencia conocer el tiempo y las sazones de esta restauración, cuyo acaecimiento solo el Padre sabía. Debían recibir el poder del Espíritu Santo que descendería sobre ellos y les haría testigos de Jesús —de cómo le conocieron, según la manifestación de sí mismo tras resucitar—, tanto en Jerusalén como en toda Judea, Samaria y en lo más recóndito de la tierra, haciendo de la primera el objeto principal y el punto de partida respecto a la misión del pasaje de Lucas 24:47. Sin embargo, su testimonio había de fundamentarse en contemplar a su Maestro y Señor arrebatado de ellos y recibido en las nubes del cielo, que le ocultarían de su mirada. Mientras miran fijamente hacia arriba cuando esto sucede, vienen dos mensajeros celestiales a anunciarles que volvería del mismo modo que se iba. Su manifestación en este mundo inferior, bajo los cielos, es lo que damos a entender aquí. Volverá para ser visto por el mundo. No se nos habla del rapto de la asamblea ni de su asociación con Cristo cuando él está ausente. Sabiendo que Jesús ha sido tomado del mundo y que vendrá otra vez —elementos finales de su enseñanza—, regresan a Jerusalén para esperar al Espíritu Santo que les prometió. No fueron a Galilea, porque habían de ser testigos en Jerusalén de los derechos celestiales del Cristo que había sido rechazado por esta ciudad y los judíos³.

Todo muestra claramente la posición a la que fueron llevados y la misión que se les encomendó. Pero antes de que recibieran al Espíritu para llevarla a cabo, vemos en el capítulo otras circunstancias concretas: el hecho de que eran tutelados por Pedro conforme él ponía su inteligencia en la Palabra, antes de ser investidos de poder desde lo alto. Estas dos cosas son, por tanto, distintas la una de la otra.

Parece ser que aunque Pedro no fue guiado directamente desde el cielo, el Espíritu estampaba su sello en lo que hacía conforme al Antiguo Testamento, una parte que el apóstol conocía bien. Antes vimos que Cristo, después de su resurrección, abrió el entendimiento de los discípulos para que comprendieran las Escrituras, y ahora los vemos actuar sin haber recibido el Espíritu y según principios judíos. Echaron suertes para que el Señor decidiera, pero la suerte no lo era todo, ni se extraía sin causar distinciones. La autoridad apostólica provenía del nombramiento que Cristo daba. La inteligencia en las Escrituras les hace comprender lo que iba a suceder. El objetivo que el Señor asignó a su servicio limitaba la elección al pequeño círculo de quienes podían cumplir este servicio. Su historia los capacitaba, como Jesús les había dicho, para ser testigos suyos, pues habían estado con él desde el principio y ahora podían testificar que este Jesús, a quien los judíos rechazaron y crucificaron, había en efecto resucitado de entre los muertos.

La autoridad apostólica es ejercida en Jerusalén sobre el principio judío, anterior al don del Espíritu Santo. A este efecto, no se llevó a cabo ninguna pesquisa ni hubo ejercicio alguno de la mente humana. El «tome otro su cargo» dirigió su conducta. La capacidad para testificar de Jesús, de su vida terrenal y, ahora, de su resurrección y ascensión, se decidió a través de unas requeridas credenciales. La elección de Jehová determinó a la persona que había de sustituir a Judas. Dos fueron los escogidos, según dichas credenciales, y la suerte cayó sobre Matías, que es contado con los once apóstoles. No obstante, todos permanecían aún sin el poder prometido.

Capítulo 2

Este capítulo narra el cumplimiento de esta promesa como respuesta a la actitud de espera que manifestaron en sus oraciones en grupo.

³ En este sentido, no es ninguna continuación de la misión de Cristo en la tierra, que en Mateo fue continuada desde Galilea.

El Espíritu desciende con poder para poseer y llenar el lugar de morada preparado para él. Este suceso, mucho más trascendente que los otros con respecto a la condición del hombre natural, viene marcado como un simple hecho porque no se duda de las causas de este maravilloso don, de la obra en que se fundamenta, de la gloria con la que está relacionado y que revela lo más evidente de sí mismo: su poder. Los discípulos fueron investidos con poder de lo alto.

Sin embargo, la forma con que aparece es muy característica. Sobre Jesús descendió en forma de una paloma, ya que él no había de proclamar a voces en las calles ni quebrar la caña cascada, ni tampoco tenía que apagar el pábilo humeante. Pero en nuestro libro se trata de un poder divino dado en testimonio, la Palabra, la cual era como un fuego consumidor que juzgaba todo lo que se presentaba ante ella. Aun así, este poder venía en gracia con la intención de atravesar los estrechos límites de las ordenanzas judías y proclamar las maravillosas obras de Dios a cada lengua y nación debajo del sol. Fue aquel recio viento del cielo que se manifestó sobre los discípulos en forma de lenguas de fuego, divididas a su vez en otras tantas. Este prodigio atrajo a las multitudes, quedando demostrada la realidad de esta obra divina por el hecho de que, personas de numerosos países, escuchaban a cada uno de estos pobres galileos proclamar las asombrosas obras de Dios en la lengua del país del que procedían⁴. Los judíos, que no comprendían estas lenguas, se burlaban. Pedro les declara en su idioma, y de acuerdo a sus profecías, el verdadero carácter de lo que estaba sucediendo. Basa su defensa en la resurrección de Cristo, anunciada por el profeta-rey, y en su exaltación a la diestra de Dios. Este Jesús a quien habían crucificado recibe allí la promesa del Padre, y estaba produciendo resultados que ellos veían y escuchaban. Habían de estar, pues, seguros de que Dios había hecho al mismo Jesús que rechazaron Señor y Cristo.

Voy a subrayar aquí el carácter de este testimonio. Se trata esencialmente del testimonio de Pedro. No hace otra cosa que afirmar que Aquel que fue rechazado por los judíos es hecho Señor y Cristo en el cielo. Empieza con el conocimiento que tenían los judíos del Jesús terrenal y establece la verdad de que él resucitó y fue exaltado a la posición de Señor. Dios ha hecho esto. El apóstol ni siquiera le proclama Hijo de Dios. Veremos que si no lo hace Pedro en el libro de los Hechos, lo hace Pablo desde el primer instante de su conversión. Pedro anuncia con poder el resultado en aquel momento sin ninguna referencia al reino. Solo les recuerda que el Espíritu fue prometido en los últimos tiempos, aludiendo al día terrible del juicio venidero, precedido de señales alarmantes y milagros. Sin hablar del cumplimiento de la promesa del reino, cuyo momento el Padre guardaba en secreto, establece la relación del don del Espíritu Santo con la responsabilidad de Israel, para quienes Dios seguía actuando en gracia, predicándoles a un Cristo glorificado y ofreciéndoles pruebas de su gloria con este don, algo que todos presenciaron. He aquí la presencia del Espíritu según Juan 15:26,27. El testimonio en general queda establecido y acomete la misión de Lucas 24:47-49. En este evangelio no tenemos nada relativo al bautismo (comparad los versículos ya citados para ver la correspondencia con este asunto). El testimonio iba dirigido a los judíos; no obstante, no quedaba limitado a ellos⁵, sino que era algo separativo: «sed salvos de esta perversa generación». Esta separación estaba basada en una obra moral y real: el arrepentimiento. El pasado tenía que ser juzgado y hacerse público ante todos con su recepción entre los cristianos mediante el bautismo, para recibir la remisión de los pecados y participar de este don celestial del Espíritu Santo. «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo»: esta obra es personal. Había un juicio sobre todo el pasado, su admisión mediante el

⁴ El concepto racionalista de que esto fue una especie de galimatías, tal como pensaban los judíos incrédulos, raya en la absurdidad. Pensemos en lo agradecido que Pablo estaba a Dios porque hablaba más lenguas que nadie y ¡que Dios daba el don para interpretar la jerigonza!

⁵ El testimonio emplea los términos que, aplicados a los judíos aquí y a los esparcidos allá, abría la puerta a los gentiles por la soberanía divina: «todos cuantos están lejos, tantos como el Señor nuestro Dios llamara». Él sigue siendo el Dios del hombre, pero llama a quien quiere.

bautismo y la consiguiente participación en el Espíritu Santo, que venía a morar donde fuera que acudían.

Inmediatamente vemos la diferencia entre el cambio moral efectuado, el arrepentimiento producido por sus fervientes congojas y la bienvenida del Espíritu Santo. Esto fue consecuencia de la remisión de sus pecados, ante los que ellos abrieron los ojos. El don dependía comúnmente de su aceptación entre los cristianos, la casa donde Él habitaba, edificada en el nombre de Jesús.

Más tarde se declara que la promesa pertenece a ellos y a sus hijos, a la casa de Israel: a ellos, y a sus hijos después de ellos. Pero eso traspasó los límites del antiguo pueblo de Dios. Esta promesa era también para quienes estaban apartados, puesto que se cumplía, en lo que respecta a la fe en Cristo, para todos cuantos por gracia entraban dentro de la nueva casa, para todos a los que el Señor Dios de Israel llamara. La llamada divina caracterizaba la bendición. Israel era reconocido con sus hijos, pero un remanente fue llamado a salir de ellos. Cuando los gentiles fueron llamados, compartieron la bendición.

El resultado de este don inefable es revelado. No fue simplemente un cambio moral, sino un poder que dejaba de lado todos los motivos que individualizaban a aquellas personas que lo recibían, uniéndolas en una sola alma y única mente. Continuaron con firmeza en la doctrina apostólica, en comunión los unos con los otros y con los apóstoles. Partían el pan y pasaban el tiempo en oración. La presencia de Dios era poderosamente sentida en medio de ellos, y muchas señales y maravillas se efectuaban por mano de los apóstoles. Los estrechaban unos lazos íntimos y nadie llamaba lo suyo propio, sino que repartían las posesiones con los que las necesitaban. Cada día se reunían en el templo, enclave público de Israel para los ejercicios religiosos, al tiempo que celebraban en casa sus reuniones diarias. Comían con gozo y alegría de corazón, alabando a Dios y ganándose el favor de todo el pueblo.

De esta manera fue formada la asamblea. Cada día el Señor añadía a ella el remanente de Israel, los que habían de salvarse de los juicios que caerían sobre una nación que rechazó al Hijo de Dios, su Mesías, y que los protegería de una ruina más devastadora. Dios introducía en la asamblea a aquellos reconocidos por él y por la presencia del Espíritu Santo, a los que preservaba dentro de la nación. Había comenzado un nuevo orden de cosas marcado por la presencia del Espíritu⁶. Se hallaba presente la casa de Dios, aunque el viejo sistema iba a persistir aún hasta la ejecución del juicio.

La asamblea fue formada por el poder del Espíritu Santo descendido, sobre el testimonio de que Jesús, que había sido rechazado, resucitó para ir al cielo y fue hecho por Dios Cristo y Señor. Estaba compuesta por el remanente judío que había de salvarse, con la excepción de que los gentiles eran introducidos en ella siempre que fueran llamados. Se iba formando, en la paciencia de Dios y con relación a Israel, la morada divina.

Capítulos 3-4

En el capítulo anterior, el Espíritu dirige su testimonio al pueblo por medio de Pedro. Dios actuaba con gracia y paciencia hacia su gente insensata en virtud de la muerte e intercesión de Cristo, pero en vano. Sus incrédulos dirigentes silenciaban la Palabra⁷, y la atención del pueblo

⁶ Dios nunca habita con el hombre si no es sobre la base de la redención; no sucedió con Adán ni tampoco con Abraham. Comparad Éxodo 29:46.

⁷ Es sorprendente que los consejos divinos manifestaran, al cumplirse en gracia, la responsabilidad de aquellos con los que Dios trataba. En el capítulo 2, Pedro dice: «Sed salvos de esta perversa generación». Él los estaba reuniendo según el conocimiento que tenía de lo que ocurriría. El capítulo 3 dice: «Dios lo ha enviado para bendeciros, haciendo que cada uno se convierta de sus maldades». Y así fue, aunque él actuaba en gracia según el resultado que él conocía, como en Jeremías. Si se hubieran arrepentido entonces, seguramente habría impedido el juicio.

es motivada por un milagro que devolvió la fuerza a un pobre cojo, conocido por todos porque frecuentaba el templo. Agolpándose la multitud para observarle, Pedro predica a Cristo. El Dios de sus padres, dijo, había glorificado a su siervo Jesús, a quien habían negado cuando Pilatos le había querido soltar. Negaron al Santo y al Justo, deseando en su lugar a un homicida, y mataron al Príncipe de la vida. Sin embargo, Dios le resucitó de los muertos. Su nombre había curado por la fe a aquel hombre inválido. La gracia podía considerarla una acción que el pueblo había llevado a cabo por ignorancia, lo que también se aplicaba a sus gobernantes. Vemos aquí al Espíritu Santo respondiendo a la intercesión que Cristo hizo por ellos: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Culpables de los diez mil talentos, el gran Rey se los remite enviándoles el mensaje de gracia que les llamaba al arrepentimiento, al cual Pedro los invita: «arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, a quien el cielo debe guardar...»; explica que hasta el tiempo dispuesto por Dios para restaurar todas las cosas, tal como predijeron los profetas. Pedro predica el arrepentimiento a los judíos, declarando que sobre este arrepentimiento, Jesús, el que ascendió al cielo, volvería, y la consumación de todas las cosas que hablaron los profetas ocurriría por causa de ellos. El regreso de Jesús, a este efecto, dependía y todavía depende del arrepentimiento de los judíos. Mientras esto no suceda, permanecerá en el cielo.

Jesús también era el profeta anunciado por Moisés. Quien no quisiera escucharle sería cortado del pueblo. Su voz se oía aún en gracia, especialmente por boca de sus discípulos. Todos los profetas hablaron de estos días. Ellos eran los hijos de los profetas, los herederos naturales de las bendiciones que fueron anunciadas a Israel, así como de las promesas hechas a Abraham acerca de una simiente en la que todas las naciones iban a ser bendecidas. En consecuencia, mandaría a ellos su siervo Jesús⁸ para bendecirlos, después de resucitado, si cada uno abandonaba sus iniquidades. En una palabra, son invitados a volver arrepentidos y a disfrutar de todas las promesas hechas a Israel. El Mesías regresaría del cielo para establecer su bendición si así sucedía. La nación entera es mencionada como heredera natural de las promesas hechas a Abraham. Mientras hablaban, los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos acudieron para detenerlos, acusándoles de predicar la resurrección que su sistema dogmático rechazaba. Atardecía, y los metieron en prisión. La esperanza de Israel fue dejada al margen. La gracia de Dios había sucedido en vano, pese a ser paciente y generosa. Sin embargo, muchos creyeron en su palabra y cinco mil personas confesaron entonces al Señor Jesús.

Hemos visto el discurso que Dios, en su gracia, dio a Israel por mano de Pedro. Veremos ahora no solo el recibimiento, ya expuesto, que le dieron los gobernantes del pueblo, sino la respuesta intencionada surgida de lo profundo del corazón, si así lo podemos llamar. Al alba, los gobernantes, ancianos y escribas se reunieron en Jerusalén con Anás y su parentela. Colocando a los apóstoles en el centro, les exigen revelar el nombre de quien en cuyo poder habían obrado aquel milagro con el discapacitado. Lleno del Espíritu Santo, Pedro anuncia a Israel con resolución y firmeza, que fue por medio de Jesús, al que crucificaron y Dios había resucitado de los muertos. Así, la cuestión entre Dios y los gobernantes de Israel quedó formalmente revelada por el Espíritu divino. Jesús era la piedra rechazada por ellos, los edificadores, convertida en piedra angular. La salvación no podía hallarse fuera de ella. El concilio los reconoció como antiguos compañeros de Cristo. El hombre que curaron estaba con ellos. ¿Qué podían decir delante de toda aquella multitud que había presenciado el milagro? Solo mostrar firmeza frente a la decidida oposición hacia el Señor y su testimonio, y ceder a la opinión pública, necesaria desde su punto de vista, ya que ellos también eran gobernados por ella. Bajo amenaza ordenaron a los apóstoles no enseñar más en el nombre de Jesús. Observemos que Satanás tenía los instrumentos saduceos bien preparados contra la doctrina de la resurrección, igual que los

⁸ Esto se refiere al tiempo de su vida sobre la tierra, si bien en su intercesión hubo una renovación de la misericordia que testificaba de un Cristo glorificado, que volvería cuando se arrepintieran.

fariseos, instrumentos eficaces que se oponían a un Cristo vivo. No debemos esperar sino la barrera bien alzada de Satán contra la verdad.

Pedro y Juan no dejan lugar a dudas respecto a su determinación. Dios les había mandado predicar a Cristo, y la prohibición del hombre no tenía peso frente a este mandamiento. «No podemos —dicen ellos— sino hablar de las cosas que hemos visto y oído». ¡Qué posición para los dirigentes del pueblo! Como es lógico, un testimonio así demuestra claramente que los líderes de Israel habían caído de su escaño de intérpretes de la voluntad divina. Los apóstoles no intentan sacarlos de él ni les hacen ningún mal; sería Dios quien los juzgara. Ellos solo actuaban de parte de él y al instante, haciendo caso omiso de la autoridad regente con respecto a la obra que se les había encomendado. El testimonio de Dios estaba con los apóstoles, no con los gobernantes del templo. La presencia divina se hallaba únicamente en la asamblea.

Los dos apóstoles vuelven a su compañía, puesto que ya estaba formada una separación de personas que se conocían entre sí; y todos, movidos por el Espíritu Santo —pues allí era donde Dios habitaba por su Espíritu, y no en el templo—, levantan sus voces al Dios y Gobernante de todo, reconociendo que esta resistencia de los líderes no era otra cosa que el cumplimiento de la Palabra y los consejos y propósitos divinos. Aquellas amenazas solo sirvieron para pedir a Dios que manifestara su poder en relación con el nombre de Jesús. En pocas palabras, el mundo (inclusive los judíos, que formaban parte de él en esta oposición) había estado en contra de Jesús, el Siervo de Dios, y se oponían al testimonio que les daba. El Espíritu Santo era lo que impulsaba el testimonio, ya fuera con el arrojo de quienes lo daban (v 8) o con Su presencia en la asamblea (v 31), con la energía del servicio (v 33) o con los frutos que volvían a verse entre los santos y que manifestaban poderosamente la actividad espiritual en los corazones, sobre los motivos que gobiernan a los hombres y los hacen caminar en otros, de los que Él es la fuente. Se trataba de la energía espiritual revelada ante todo ese antagonismo, como anteriormente lo revelaba el fruto de quienes lo tenían de forma natural. Recién convertidos, venden sus posesiones y dejan el precio a los pies de los apóstoles; entre ellos, un hombre que el Espíritu se complace en hacer destacado: Bernabé, de la isla de Chipre.

Resumiendo, este capítulo demuestra, por una parte, la condición de los judíos, su rechazo del testimonio dirigido a ellos en gracia, y por otra el poder del Espíritu Santo, la presencia de Dios y su dirección en todos los lugares, principalmente entre los discípulos.

Estos tres capítulos presentan la primera formación de la asamblea, así como su bendito carácter, por el Espíritu Santo que habitaba en ella. Nos hacen ver su primera belleza y morada divina, que Dios formó.

Capítulo 5

Pero ay, el mal se refleja en ella. Si el enérgico Espíritu de Dios está allí, la carne también. Había quienes desearon que se les reconociera la devoción que solo el Espíritu Santo produce, pese a estar faltos de fe y carecer de esa abnegación que, mostrada en el camino del amor, es lo que da un valor auténtico a esta devoción. Esto permitió que se manifestase más en su seno el poder del Espíritu de Dios y la presencia divina, que luchaba contra el mal. De igual modo, vimos en el capítulo anterior Su energía y los preciosos frutos de la gracia. Aunque no aparezcan los frutos sencillos del bien, tenemos su poder enfrentado al mal. En general, el estado actual de la asamblea viene marcado por este poder del mal sobre el bien, pero donde Dios habita no puede mostrarle más tolerancia de la que le mostraría donde no habita. Grande como es la energía del testimonio que ofrece a los que están fuera, ejerce toda la paciencia con quienes están dentro, hasta que todo se vuelve irreparable. Cuanta más comprensión hay de la presencia divina, manifestada en relación con el mal cometido, más intransigencia recibe. No puede ser de otro modo. Juzga en medio de los santos donde él quiere santidad, siempre equitativa con la

manifestación de sí mismo. Cuando Ananías y Safira subestimaron la presencia del Espíritu Santo, queriendo, al parecer, imitar Sus actos, cayeron muertos ante el Dios que ellos pretendían engañar. Él estaba en la asamblea.

Poderoso y doloroso testimonio de Su presencia. El temor llena los corazones dentro y por doquier. De hecho, la presencia de Dios es algo muy a tener en cuenta, por mucha bendición que pueda haber. El efecto de esta manifestación del poder divino, presentado ante aquellos que él reconocía suyos, era muy importante. Multitudes se unieron con fe a la confesión del nombre del Señor, como mínimo de entre el pueblo, dado que el resto no se atrevía a hacerlo. Frente a mayores contrariedades en el mundo, mayor es el temor que se le tiene. Este testimonio milagroso del poder divino fue también revelado de manera extraordinaria, de modo que para beneficiarse de él la gente vino de lejos. Los apóstoles estaban siempre juntos en el pórtico de Salomón.

Ay, la manifestación del poder de Dios por mano de los discípulos rechazados de Jesús, y la obra efectuada lejos de los lugares donde la autoestima del sumo sacerdote (y la de quienes estaban de su lado) mantenían su curso, se abría camino ante al avance de lo que estos rechazaban, y la atención que atrajeron sobre sí los apóstoles por los milagros que hacían provocaron la oposición y celos de los gobernantes. De este modo los arrojaron en prisión. En este mundo, el bien obra siempre en presencia del poder del mal.

Un poder diferente del que poseía el Espíritu Santo en la asamblea es el que vemos a continuación. La providencia divina, que velaba por la obra realizada a través de los ángeles, frustra todos los planes de los príncipes incrédulos de Israel. Los sacerdotes han encerrado en la cárcel a los apóstoles. Un ángel del Señor abre las puertas de la prisión y les ordena continuar con su acostumbrado trabajo en el templo. Los oficiales que el concilio envía para que investiguen, hallan la prisión cerrada y ven que todo está en orden, pero no encuentran a los apóstoles.

Mientras tanto, se informa al concilio que habían estado enseñando al pueblo en el templo. Confundidos y alarmados, envían a buscarlos y los oficiales los traen sin violencia, por temor a la gente. Dios mantiene todo bajo control hasta que pueda darse un testimonio de él. El sumo sacerdote discute con ellos en base a la prohibición anterior. La respuesta de Pedro es más concisa que la otra vez, resuelto en su propósito de no testificar con razonamientos que aquellos que eran sus directos adversarios no quieren escuchar. Vemos la misma sustancia cuando previamente dijo ante los gobernantes que es mejor obedecer a Dios que a los hombres. Contrarios a Él, los principales de Israel eran simplemente eso, hombres. Después todo quedó decidido. La oposición entre lo divino y ellos quedó demostrada. El Dios de sus padres había resucitado a Jesús, a quien los dirigentes de Israel rechazaron. Los apóstoles eran sus testigos y también el Espíritu Santo, que Dios había dado a quienes le obedecían. Todo quedó aclarado; su posición, sólidamente asentada. Hablando en nombre de los apóstoles, Pedro se posiciona de parte de Dios y de Cristo, y de acuerdo con el sello del Espíritu Santo enviado a los creyentes, da testimonio del nombre del Salvador. No vemos en todo esto orgullo ni voluntad propia; él tenía que obedecer a Dios y sigue ocupando su lugar en Israel, el del testimonio divino: «el Dios — dice — de nuestros padres». El consejo de Gamaliel es tenido en cuenta y deshace los propósitos del concilio, pues Dios tiene siempre sus instrumentos preparados, ignorados quizá por nosotros, allí donde es obedecida Su voluntad. Mandan golpear a los apóstoles y les ordenan no predicar más; después se marchan. Ellos se vieron en un atolladero, pero pronto se declararon insumisos al querer seguir la fácil senda transmitida por Dios: hacer conscientemente Su voluntad. Le debían obediencia.

El objetivo de esta última parte del capítulo es mostrar que el cuidado providencial de Dios, sea que se declare milagrosamente por medio de ángeles, o se geste en los corazones de los hombres para acometer los planes divinos, es ejercido en nombre de la asamblea de igual forma que el Espíritu de Dios daba el testimonio manifestando su poder en ella. Los apóstoles, sin mostrar señales algunas de temor, regresan gozosos de ser contados entre los que sufren a

causa del nombre de Jesús. Y cada día en el templo, de casa en casa, no paraban de enseñar y predicar las buenas nuevas de Cristo Jesús. Débiles como eran, Dios mantenía Su testimonio.

Capítulos 6-7

Por desgracia, hay otros males que atacan a la iglesia. La carne empieza a ser palpable en medio del poder espiritual, se origina el conflicto entre las diversas circunstancias de los discípulos y en medio de muchas otras donde se había manifestado la gracia de Dios, en lo relativo a cosas con las que la carne seguía en contacto. Los helenistas, judíos nacidos en Grecia y en países paganos, murmuran contra los hebreos (los nativos de Judea) porque favorecían a sus viudas, tal como imaginaban, con la distribución de bienes otorgados a la asamblea por sus miembros más pudientes. La sabiduría que da aquí el Espíritu salva esta dificultad y aprovecha la ocasión para dar comienzo a la obra según las necesidades crecientes. Siete personas son designadas para emprenderla, con cuya provisión los apóstoles podían continuar su trabajo. Hallamos también, en el caso de Felipe y Esteban, la verdad que dice el apóstol: «aquellos que han sido hallados fieles en el oficio de los diáconos adquieren para ellos el buen grado y confianza en la fe que es en Cristo Jesús». Observemos que los apóstoles se pusieron a orar antes de predicar en la obra, dado que en ella se libraba un conflicto con el poder del mal, y ellos incluían en la oración, por otro lado, el poder de Dios para fortalecerlos y darles la sabiduría que necesitaban. A fin de poder actuar directamente de parte de Dios, se precisaba que la gracia y la unción se mantuvieran en sus corazones. En este asunto descubrimos la gracia bajo la influencia del Espíritu divino. Todos los nombres, hasta donde podemos juzgar, son helénicos.

La influencia de la Palabra se extendía hasta el punto de que muchos sacerdotes obedecían a la fe. Hasta ese momento, la oposición de fuera y la del mal dentro propiciaron el progreso de la obra de Dios con la manifestación de Su presencia en la iglesia. Observemos bien este hecho. No se debe solo a que el Espíritu hiciera el bien mediante su testimonio, pues pese al mal que se hallaba dentro y fuera, donde se revelaba el poder era para dar fe de la eficacia de Su presencia. El mal existía, pero también el poder para remediarlo. Descubrimos aquí la levadura dentro de la tarta pentecostal.

La energía del Espíritu se manifiesta especialmente en Esteban, que está lleno de gracia y poder. Los judíos helenistas le hacen frente. Al no poder responderle, le acusan ante el concilio de haber anunciado en el nombre de Jesús la destrucción del templo y la ciudad, y el cambio de las costumbres en su ley. Vemos así el libre poder del Espíritu, sin otra designación de personas para la obra que los apóstoles señalados por Cristo. Estos no tenían autoridad, ni los judíos de Palestina tampoco. Él se la distribuía como quería. Fue el devoto y fiel helenista quien rindió el último testimonio a los principales de la nación. Si los helenistas creían, los judíos fuera de Judea llevarían su testimonio y hallarían el modo para que se difundiera más, pero al mismo tiempo significaría el definitivo rechazo moral de los judíos, base y centro del testimonio, y de la obra de reunión, de la que Jerusalén era también el centro. Pedro testificó de un Cristo glorioso que prometió su regreso si se arrepentían, pero ellos detuvieron este testimonio. El Espíritu Santo pronunciaba el juicio por boca de Esteban, en cuyo retrato ellos quedaron reflejados como adversarios declarados. No fueron los apóstoles los que, por autoridad oficial, rompieron los vínculos con Jerusalén. La libre acción del Espíritu anticipa una ruptura que no ocurrió para formar parte meramente de la narración escrituraria, sino que vino propiciada por el poder divino para llevar a una posición celestial al testigo suscitado para denunciar a los judíos adversarios y declarar su condición fallida. También situó el centro de reunión en el cielo, como Él quería, adonde se fue el fiel Esteban lleno del Espíritu. En esta tierra manifestó la apariencia de un ángel a ojos del concilio, pero mientras le juzgaban, la dureza de su corazón no los detuvo en la senda hostil contra el testimonio que daba para Cristo, que aquí nos presenta de modo especial el Espíritu Santo.

Por lo que se nos dice, Esteban⁹ no conoció al Señor en vida. Ciertamente no fue señalado, como los apóstoles, para que fuera un testigo de esa Vida, pero sí el instrumento escogido por el Espíritu Santo, quien distribuía a placer.

Esteban comienza a relatar su historia desde el principio de los planes divinos y desde Abraham (torpe para oír), llamado por la revelación del Dios de gloria y finalmente conducido por la paciente gracia a Canaán. Abraham era extranjero en la Tierra Prometida y la servidumbre marcó a sus descendientes hasta que Dios intervino en gracia. La suerte del feliz patriarca no fue la de poseer las promesas, sino la de ser un extranjero. Su descendencia había de ser sometida a esclavitud hasta que Dios la liberara con brazo fuerte. Nada sorprende más que las pacíficas maneras de Esteban para sobreponerse a las circunstancias. Cuenta a los judíos la historia que no podían negar, de la que estaban orgullosos y que los condenaba totalmente. Ellos actuaban como lo hicieron sus padres. Dos personas salen a la luz en el relato de Esteban, relacionadas con la bondad divina para con Israel en este periodo: José y Moisés. Israel había rechazado a ambos, entregando a José a los gentiles y rechazando a Moisés como líder y juez. Eran casos que los judíos no podían negar u objetar en contra, dado que presentaban la historia de Cristo, que en el tiempo señalado por Dios sería el Redentor de Israel. He aquí la esencia del argumento de Esteban. Los judíos rechazaban a los que Dios enviaba y en quienes actuaba el Espíritu Santo, así como el testimonio que el Espíritu había puesto en los profetas que hablaron del Cristo al que ellos traicionaron y mataron. Además de esto, según Moisés adoraron a falsos dioses desde el mismo instante de la liberación de Egipto¹⁰, un pecado que, pese a la infinita paciencia de Dios, los llevó cautivos más allá de la Babilonia que fue su castigo, por haber llenado la medida de su iniquidad.

Es un resumen muy sorprendente de toda su historia, la historia del hombre y de todos los medios de restauración que se le facilitaron. La medida completa de su culpa es declarada. Ellos recibieron la ley y no la guardaron, rechazaron a los profetas que testificaban de Cristo, al que traicionaron y mataron, resistiendo en todo momento al Espíritu Santo. El templo en el que confiaban quedó descartado por Dios, pues él había sido, por así decir, un extranjero en tierra de Canaán. Si Salomón le construyó una casa, lo hizo a fin de que el Espíritu declarara que el que poseía el cielo por trono y la tierra por estrado no habitaba en casas de piedra, puesto que poseía dominio universal y la Creación era obra de sus manos. Así nos llega todo el compendio de la historia en relación con los últimos días del juicio de la nación. Resistían continuamente al Espíritu Santo como desobedecían la ley, y el judaísmo fue juzgado después de que la gran paciencia de Dios, y sus caminos de gracia con el hombre, se hubieron agotado. Israel era el hombre bajo los especiales tratos y cuidados divinos. Su culpa no era solo el pecado, sino el pecado reincidente, después de todo lo que Dios había hecho por ellos: la encrucijada de la historia humana. La ley, los profetas, el Espíritu Santo... todos fueron dados, pero el hombre seguía enemistado con Dios. La cruz lo había demostrado, y a eso se sumó el rechazo del testimonio del Espíritu sobre un Cristo glorificado. Con el hombre todo había terminado, pero algo nuevo empezaba con el segundo Hombre, bajo una relación celestial siempre.

⁹ Esteban expresa el poder del Espíritu Santo que da testimonio del Cristo glorificado y presentado a Israel, quienes le habían rechazado en humillación. De la caída al Diluvio, el hombre, que no fue dejado sin testimonio, estaba sin embargo abandonado a sí mismo. No había tratos especiales o instituciones de parte de Dios. El resultado fue el Diluvio para purificar, por decirlo de alguna otra forma, la tierra de su horrible podredumbre y violencia. En el nuevo mundo, Dios empezó a tratar con los hombres; el gobierno fue conferido a Noé, pero en Abraham vemos a alguien llamado a salir de él por gracia electa. Las promesas divinas iban dirigidas a él cuando el mundo se había vuelto a los demonios. Esto dio comienzo a la historia del pueblo de Dios, pero la cuestión de la justicia, que aún no se había suscitado, fue planteada por la ley, demandando del hombre rectitud. Después llegaron los profetas cargados de gracia. A continuación, el último llamamiento a producir frutos y el testimonio de la gracia llegaron con el Hijo de Dios. En estos momentos le estaban rechazando, y sobre Su intercesión el Espíritu Santo daba testimonio de la gloria utilizando a Pedro para que se arrepintieran (Hch 3), y planteándoles esta cuestión por mediación de Esteban.

¹⁰ Observemos también que, habiendo durado todo lo que duró la paciencia de Dios, y sin haber obtenido ningún fruto de arrepentimiento, el primer pecado y distanciamiento de él conllevan finalmente un castigo.

Estando presa la conciencia, endurecidos los corazones y siendo la voluntad inquebrantable, los miembros del concilio se airaron rechinando los dientes contra Esteban. Pero si él había de llevar adelante este testimonio definitivo en contra de Israel, no debía detenerse ahí, sino continuar hasta dejarlo en el lugar que le correspondía, lo que dependía de lo que un creyente fuera capaz de expresar en virtud de esta presencia espiritual en él. En la historia del pueblo tenemos al hombre que resiste dicha presencia, y en Esteban vemos a alguien lleno del Espíritu Santo como resultado de la redención.

Estos son los elementos de esta conmovedora y sorprendente escena, que forjan una época en la historia de la asamblea. Los principales de Israel rechinaron sus dientes contra el poderoso y convincente testimonio del Espíritu, del cual Esteban estaba lleno. Rechazaron a un Cristo glorificado como asesinaron a Uno que se había humillado. Veamos el efecto de todo ello en cuanto a Esteban, quien elevó los ojos al cielo, abierto ahora a la fe. Hasta aquí, el Espíritu había dirigido su mente capacitándola para concentrar su atención en este objeto, y revela la gloria divina en los cielos a uno que está lleno de este Espíritu: Jesús sentado en un lugar de poder supremo a la diestra divina, más exaltado que el escaño que nos describen los Salmos 2 y 8, aunque todas las cosas no estén aún sujetas a él (cf Jn 1:50,51). Luego se ofrece el resultado del testimonio rendido en presencia del poder de Satanás, el homicida.

«Veo —dice Esteban— los cielos abiertos». Tal es la posición del verdadero creyente (celestial y en esta tierra) en presencia del mundo homicida que rechazó a Cristo. Acariciando la muerte, con la mirada penetra en el cielo ayudado por el Espíritu Santo, y ve al Hijo del Hombre a la diestra de Dios. Esteban no dice que es Jesús. El Espíritu le describe como el Hijo del Hombre. Preciado testimonio para los hombres. No es de la gloria de Dios de lo que él testifica (pues era consustancial al cielo), sino del Hijo del Hombre en esa gloria. Esteban miraba al Señor Jesús a través de un cielo abierto, a la espera de que recibiera su espíritu. Fue el primer ejemplo y testimonio completo del estado del alma del creyente tras la muerte, con un Cristo ya glorificado.

Con respecto a cómo progresaba el testimonio, ya no era cuestión de que Jesús fuera o no el Mesías y que volvería si se arrepentían —lo que de todos modos no deja de ser cierto—, sino de que ahora el Hijo del Hombre estaba en el cielo, abierto para los hombres que están llenos del Espíritu Santo; aquel cielo al que Dios está a punto de transportar el alma porque esta es la esperanza y el testimonio de aquellos que le pertenecen. La paciencia divina actuaba sin lugar a dudas en Israel, pero el Espíritu Santo abrió nuevas vías y esperanzas para el creyente¹¹. No dejéis de observar que Esteban, como resultado de ver a Jesús en el cielo, se asemeja perfectamente a él en la tierra, un hecho magnífico mostrado en gracia para nosotros, solo que la gloria de su Persona queda, en todo caso, cuidadosamente resguardada. Aunque los cielos

¹¹ El Espíritu Santo abre ante nuestros ojos el cielo y nos capacita para contemplar lo que allí encontramos, y nos forma en la tierra según el carácter de Jesús. En cuanto a lo ocurrido con la continuidad de los tratos de Dios, me consta que fue la manera de comprender por el Espíritu que el velo se había rasgado. A Jesús no se le ve sentado aún, porque hasta el rechazo por parte de Israel del testimonio del Espíritu Santo no se sentó para esperar a juzgar a sus enemigos. Más bien permaneció en la posición de Sumo Sacerdote, de pie e intercediendo. El creyente tiene el alma unida a él en el cielo a través del Espíritu. Por la sangre de Cristo ya puede entrar dentro del velo en ese nuevo y vivo camino. Por otro lado, habiendo hecho los judíos lo mismo con respecto a Jesús, después de enviar en Esteban —por expresarlo de algún modo— a un mensajero tras él con el anuncio «no queremos que este reine sobre nosotros», Cristo toma finalmente su asiento hasta que un día juzgue a los enemigos que no querían que reinara. En esta última posición es contemplado en la epístola a los Hebreos, en la que estos son exhortados a salir del campamento israelita para seguir a la víctima cuya sangre había sido introducida en el santuario. Todo esto anticipaba el juicio de parte de los romanos, que caería sobre Jerusalén de forma inmediata, dejando a la nación de lado, como ocurrirá ciertamente cuando Jesús actúe por su cuenta. Por tanto, la posición de Esteban se asemeja a la de Jesús, siendo el testimonio que da el Espíritu el de un Jesús glorificado. Esto facilita mucho la comprensión del principal argumento de la epístola a los Hebreos.

La doctrina de la iglesia, anunciada por Pablo después de la revelación que se le hizo en Damasco, va todavía más lejos: revela la unión de los cristianos con Jesús en el cielo, y no simplemente su entrada en el lugar santo a través del velo rasgado, tras el cual Dios se ocultaba del resto del pueblo y adonde podía acceder el sacerdote.

fueron abiertos una vez a Jesús, él fue el objeto que estos contemplaban y admiraban cuando recibió el reconocimiento público del Padre. No necesitó ninguna visión que le presentara un objeto a la fe, ni el suceso produjo ninguna transformación a una imagen para que la gloria se revelara. Sin embargo, las palabras «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» están contenidas en las de Esteban: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Y el afecto por Israel que se expresa en la intercesión «perdónalos, porque no saben lo que hacen», se encuentra de nuevo en «Señor, no les tengas en cuenta este pecado», salvo que aquí el Espíritu Santo no afirma que ellos fueran ignorantes.

Haremos bien en considerar, de momento, lo que hace destacar claramente la posición especial de Esteban, el vaso del testimonio espiritual tantas veces rechazado por los judíos. También consideraremos el carácter divino y la Persona de Jesús, cosas en las que su discípulo abundaba.

El cielo se abre a Jesús, el Espíritu Santo desciende sobre él y es reconocido Hijo de Dios. Los ángeles descienden sobre el Hijo del Hombre pero carece de un objeto que se le presente, pues él es el Objeto sobre el que todo el cielo arroja su mirada.

Los cielos se abrirán al fin de los siglos y Jesús vendrá sobre un corcel blanco para juzgar y triunfar. Aquí también se abren los cielos y el discípulo, el cristiano lleno del Espíritu Santo, mira dentro de él y contempla a Jesús a la diestra divina. Antes que el cielo, Jesús es el Objeto para el hombre que cree y está lleno del Espíritu Santo, de tal manera que para la fe y la posición del creyente esta escena es realmente peculiar. Jesús no posee ningún objeto: lo es él cuando el cielo se abre. Los santos sí tienen uno: a Jesús cuando el cielo es abierto.

Rechazado por los judíos, como Jesús, y participando de sus sufrimientos, Esteban, lleno del Espíritu de gracia, fija los ojos en el cielo, que el Espíritu abre ante él, y ve al Hijo del Hombre dispuesto a recibirle. El resto viene a continuación, pero no es solo a Jesús a quien los cielos deben recibir hasta la restitución de los tiempos, sino también a las almas de su pueblo fiel hasta el momento en que resuciten, así como a toda la iglesia, desvinculada de este mundo que le rechazaba y del judaísmo que objetaba en contra del testimonio del Espíritu Santo. El judaísmo ya no es reconocido, no tiene más cabida en la misericordia de Dios. Su lugar lo ocupan el cielo, y la asamblea, que si es consecuente con su llamado seguirá en espíritu a su Maestro hacia ese lugar, mientras espera a que regrese¹².

Hemos llegado al final de la primera etapa de la asamblea, de su historia en relación inmediata con Jerusalén y los judíos, y como el centro al que la obra de los apóstoles apuntaba: «... empezando en Jerusalén»; obra continuada, no obstante, por un remanente piadoso que invitaba a Israel a entrar en ella porque eran el objeto nacional del amor y cuidado divinos, aunque se negasen. Otros sucesos posteriores engrandecen la esfera de la labor y de la unidad del conjunto, pero son anteriores a la revelación del llamamiento de los gentiles, y de la asamblea como cuerpo independiente de Jerusalén y apartado de la tierra. Estos sucesos son la obra de Felipe, con la conversión de Samaria y la del etíope; la de Cornelio, con la visión de Pedro acaecida tras la vocación despertada en Saulo, quien fue llevado en medio de ellos por un judío de buena reputación; las labores de Pedro en la tierra de Canaán, y finalmente, la relación que

¹² Indiquemos aquí que el santuario, por así decir, está abierto para todos los creyentes. El velo fue rasgado por la muerte de Cristo, pero la gracia de Dios actuaba a la sazón hacia el judío y le proponía el regreso de Jesús a la tierra, fuera del velo, teniendo en cuenta su rápido arrepentimiento y que la bendición pudiera ser efectuada entonces, con los tiempos de refrigerio, a la venida de Cristo, al que los profetas anunciaron. Pero ahora no se trataba de un Mesías, el Hijo de David, sino del Hijo del Hombre celestial. Por el Espíritu Santo se ve y se conoce un cielo abierto, y el Sumo Sacerdote —no sentado todavía— a la diestra de Dios no se oculta tras un velo. Todo está abierto para el creyente. Son revelados la gloria y Aquel que ha entrado en ella para su pueblo. Y esta gloria, según me parece, es la razón por la que no le vemos sentado. No había tomado definitivamente su lugar (*eis to dienekes*) en el trono celestial hasta que el testimonio del Espíritu a Israel, acerca de Su exaltación, no fue rechazado totalmente. El libre testimonio del Espíritu, desarrollado a partir de este momento, es muy interesante, sin que por ello se vea perjudicada la autoridad apostólica, como vamos a ver. En cuanto a los judíos, hasta que el Sumo Sacerdote salga a ellos no podrán conocer que esta obra es aceptada por la nación. Como en el día de la expiación, debían esperar que él saliera para poder saberlo. Para nosotros, el Espíritu Santo ha salido mientras Jesús está aún dentro, y esto lo sabemos.

se establece entre los apóstoles en Jerusalén y los gentiles convertidos de Antioquía; la oposición de Herodes, el falso rey de los judíos, y el cuidado que Dios se toma con Pedro; y por último, el juicio divino entre los gentiles, empezando en Antioquía, que preparó la conversión de Pablo con unos medios y revelación bastante peculiares. Sigamos en detalle estos capítulos.

Capítulo 8

Después de la muerte de Esteban se desata la persecución. La victoria obtenida por causa del odio, cuyo cumplimiento de su objetivo lo permitió la Providencia, abre las puertas a la violencia de los líderes judíos y enemigos del evangelio. La barrera que les impedía su cometido estaba ahora levantada y las olas de sus pasiones se desbordan. A menudo, la gente es refrenada por lo que conservan en la conciencia, por sus hábitos morales o cierta idea formada sobre los derechos de los demás, pero cuando los diques se agrietan, el odio —el espíritu asesino que anida en el corazón— se sacia con las acciones perpetradas, las cuales revelan al hombre abandonado a sí mismo. Todo ese odio permitió llevar a cabo la voluntad divina, con la que de algún modo el hombre habría podido fracasar al cumplirla, y que en otros aspectos no hubiera podido, o no debería haber podido, ejecutar el juicio soberano de la voluntad de Dios. La dispersión de la asamblea significó el juicio para Israel, un juicio que los discípulos habrían tenido dificultad en declarar y ejecutar aunque hubieran tenido más luz, pues sea cual sea la bendición y energía de la esfera donde opera la gracia de Dios, los caminos que él prepara para dirigir todo son exclusivamente suyos. Nuestra porción al respecto, como con los de fuera, es a través de la gracia.

Toda la iglesia, excepto los apóstoles, se dispersa. No está claro que hicieran bien quedándose y si una fe más sencilla no los hubiera hecho partir lejos, evitándole de este modo más de un conflicto y problema a la asamblea, dado que Jerusalén seguía siendo un centro de autoridad¹³. El Señor había dicho al respecto: «cuando en una ciudad os persigan, huid a la otra», y después de su resurrección les ordenó hacer discípulos en todas las naciones. Esta misión no la vemos cumplida en la historia de los Hechos ni en la obra entre los gentiles. Como vemos por Gálatas 2, y un especial acuerdo alcanzado en Jerusalén, la misión fue confiada a Pablo y depositada sobre una base totalmente nueva. La Palabra no dice nada del cumplimiento de esta misión de los doce a los gentiles, salvo por la breve insinuación al final del evangelio de Marcos. Dios obra con poder en Pedro respecto a la circuncisión, y en Pablo con relación a los gentiles. Cabe decir que los doce no fueron perseguidos, pero es posible que sí; no quiero precipitarme en este punto, aunque es cierto que los pasajes citados no tienen cumplimiento en la historia bíblica y que una disposición nueva, un nuevo orden de cosas, es lo que de veras sucedió y no lo que el Señor prescribió; que en realidad los prejuicios judaicos recibieron su influencia de esta concentración en Jerusalén, de la que incluso Pedro tenía problemas para desligarse. Aquellos que fueron esparcidos predicaron la Palabra por doquier y solo a los judíos, antes de que algunos de ellos llegaran a Antioquía (cp 11:19).

Felipe descendió hasta Samaria y predicó a Cristo a los samaritanos, efectuando algunos milagros. Todos aceptaron su mensaje y fueron bautizados. Un hombre que hasta entonces había embelesado a todos con sus poderes mágicos, hasta el punto de hacerles creer que provenían de Dios, se sometió al poder que eclipsaba sus falsos milagros, convenciéndose de la realidad del mismo y sabiendo que el suyo era un engaño. Los apóstoles no provocan ningún

¹³ Esto en ningún modo es obstáculo para la manifestación de la sabiduría soberana de Dios. El desarrollo de la doctrina de la asamblea, en su singularidad y como cuerpo de Cristo, era de lo más puro y perfecto, tal como explica Pablo, quien es llamado fuera del judaísmo por la revelación de un Cristo celestial. Tampoco cambian estos caminos de la sabiduría divina la responsabilidad humana. La unidad externa de la asamblea era también preservada por estos medios, mediante la relación que mantenía con los otros lugares y Jerusalén, hasta que la obra entre los gentiles agravó estas relaciones y las volvió precarias. Esto sirvió, no obstante, para dejar al menos patentes la gracia y sabiduría de Dios.

escándalo en lo que a Samaria se refiere, dado que la historia de Jesús debió de haberles iluminado en este sentido. Además, los samaritanos no eran gentiles. Allí había un helenista que predicaba el evangelio.

Descubrimos otra verdad en relación con el progresivo avance de la asamblea, principalmente la concesión del Espíritu Santo por medio de la oración y la disposición de manos, un hecho a tener en cuenta en la historia de los tratos de Dios. Samaria era, al fin y al cabo, una conquista que todo el ardor del judaísmo nunca había podido lograr. Era un nuevo y brillante triunfo a favor del evangelio. La energía espiritual para someter el mundo era prerrogativa de la asamblea. Jerusalén fue dejada de lado, pues en este sentido sus días habían terminado.

La presencia del Espíritu Santo actuando en Pedro guarda a la asamblea de la entrada de los hipócritas, instrumentos de Satanás. La poderosa realidad de que Dios estaba allí se manifestaba trayendo a la luz lo que las circunstancias habían ocultado. Arrastrado por esta fuerte corriente, y en lo que respecta a su inteligencia, el mago Simón se había rendido a la autoridad de Cristo cuyo nombre era glorificado por el ministerio de Felipe. El verdadero estado de su corazón, el ansia de gloria y el rechazo que su moral mostraba hacia todo principio —de la luz de Dios—, se traicionan a sí mismos frente al hecho de que un hombre pudiera comunicar el Espíritu Santo; y él había deseado comprar este poder con dinero. Menuda insensatez. Así es como la incredulidad, efímera, al parecer, porque hace ver que recibe las cosas divinas, queda en evidencia con algo tan sumamente contrario a lo divino, que su auténtico carácter no pasaría desapercibido a un niño enseñado por Dios.

Samaria establece una relación con el centro de la obra en Jerusalén, donde se hallaban aún los apóstoles. La concesión del Espíritu Santo a los samaritanos significaba un tremendo paso para el crecimiento de la asamblea. Estaban por supuesto circuncidados y aceptaban la ley, pese a que el templo había perdido su importancia. El grueso de los creyentes estaba más consolidado, y esto sin duda sería provechoso mientras permanecieran en Jerusalén, pues al recibir el evangelio, Samaria había entablado relaciones con su antigua rival y con lo que los apóstoles representaban, por lo que esta región tuvo que acatar sus órdenes. Probablemente, durante aquel tiempo de persecución los apóstoles no acudían al templo. Dios les abrió una ancha puerta en zonas alejadas y los compensó en la obra con el logro de los gobernantes israelitas al frenar la persecución en la ciudad. La energía del Espíritu estaba con ellos. En otras palabras, lo que aquí se presenta es la energía espiritual que dio libre curso a otras personas, además de los apóstoles, fuera de la Jerusalén arrogante, y las relaciones mantenidas con ellos y la capital, gracias a su acción conjunta con la autoridad y poder con que fueron investidos.

Habiendo cumplido su trabajo, tras evangelizar varias aldeas samaritanas, Pedro y Juan regresan a Jerusalén. La obra prosigue fuera por otros medios. Felipe, que presenta un carácter de solícita obediencia y un corazón sencillo, es llamado a dejar su próspero trabajo y la reputación que le granjeaba, así como el respeto y afecto que lo rodeaban: «levántate —le dijo el Espíritu— y ve hacia el sur, al camino que desciende de Jerusalén a Gaza». Este camino era desértico. Dispuesto a obedecer, Felipe no se detiene a pensar en las diferencias que separan a Samaria y Gaza, sino en cumplir la voluntad divina. El evangelio se extendía ahora a los prosélitos que había entre los gentiles, abriéndose camino para alcanzar el centro de Etiopía. El tesorero de la reina es admitido entre los discípulos del Señor por medio del bautismo, lo que selló su fe en el testimonio del profeta Isaías. Luego siguió su camino regocijándose en la salvación. Había emprendido un penoso viaje desde un país lejano en el cumplimiento de un deber legal y unos rituales en Jerusalén, y volvía con fe en la palabra de Dios. ¡Bonito cuadro de la gracia del evangelio! Llevó a su casa lo que la gracia había derramado en él, aquello que su agotador viaje por el desierto no le había procurado. Los pobres judíos, que habían ahuyentado de Jerusalén el testimonio, quedan fuera de todo esto. El Espíritu del Señor se lleva a Felipe, que es hallado en Azoto para cumplir el testimonio del Hijo del Hombre y glorificarle, dado que su poder estaba a Su servicio. Felipe evangelizó todas las ciudades hasta Cesarea.

Capítulos 9-11

Una obra y un obrero de distintas características irrumpen ahora en la escena. Hemos visto la oposición inveterada de los principales de Israel hacia el testimonio del Espíritu Santo, su obstinación en rechazar la paciente gracia divina. Los israelitas rechazaron la obra del Dios de gracia bajo su propia responsabilidad, y Saulo se hace portador de su odio para mostrárselo a los discípulos de Jesús y los siervos de Dios. Insatisfecho con buscarlos en Jerusalén, pide cartas al sumo sacerdote para ir y ponerles la mano en las ciudades aledañas. Cuando Israel se halla fuertemente enfrentada a Dios, Saulo se convierte en el celoso propagador de su maldad —en ignorancia, claro está— y también en el esclavo, a voluntad, de sus prejuicios judaicos.

Ocupado con esto, Saulo se aproxima a Damasco, donde en su inquebrantable voluntad y frenética carrera le detiene el Señor. Una luz del cielo resplandece ante él y le envuelve con su brillo cegador. Cae a tierra y escucha una voz que le dice: «Saulo Saulo, ¿por qué me persigues?». La gloria que le había arrojado al suelo despejó cualquier duda sobre que la autoridad de Dios fuera revelada en esa luz, acompañando el sonido de su voz. Siendo quebrantada la voluntad y sometida la mente, él le pregunta: «¿quién eres, Señor?». La autoridad de Aquel que hablaba era incuestionable. El corazón de Saulo quedó sujeto a la autoridad de Jesús. La carrera impulsada por su voluntad había terminado para siempre. Pero eso no es todo: el Señor glorioso también se acordaba, como si fuera con él mismo, de los pobres discípulos que Saulo deseaba llevarse prisioneros.

¡Cuántas cosas salen a la luz en estas palabras! El Señor de gloria se reveló como Jesús, a quien Saulo perseguía. Los discípulos iban a una con Él, pero los judíos sostenían una guerra abierta con el Señor. El sistema entero que aún conservaban, toda su ley, la autoridad oficial y las ordenanzas divinas, no habían evitado esta declaración de guerra. El propio Saulo, armado de autoridad, se ocupaba de borrar el nombre del Señor y de su pueblo de la faz de la tierra, un terrible descubrimiento de resultados imprevisibles que agriaba su alma y se llevaba todo elemento moral y ennoblecedor. El atenuante del mal no producía fruto, pues el celo del judaísmo era contra el Señor y la conciencia de Saulo lo había alimentado. Las autoridades que Dios había constituido, rodeadas de un aura de honor secular, salieron reforzadas con las actuales calamidades de Israel, que no poseía nada salvo religión. Estas autoridades habían tolerado y favorecido sus actividades contra el Señor, el Jesús que ellos rechazaron. El testimonio que se esforzaron en suprimir era Su testimonio. ¡Qué cambio para Saulo, y qué posición tan nueva para la mentalidad de los apóstoles!, que permanecían en Jerusalén a causa de la dispersión, fieles a pesar del antagonismo de los gobernantes y sin abandonar los vínculos que los unían a la nación.

La obra fue todavía más lejos. Mal aconsejado por creer que debía llevar a cabo muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret, Saulo se había convertido en enemigo del Señor. Una rectitud irreprochable conforme a la ley, tal como la concebía, le endureció hasta el punto de oponerse abiertamente a él. Sus superiores, las autoridades de la antigua religión, y todo en lo que en materia de moral y espiritualidad confiaba su ser, fue resquebrajado para siempre en su interior. Nada quedó excepto una enemistad encubierta, y la voluntad propia fue doblegada cuando una hora antes él había sido jactancioso, religioso e intachable (cf Gá 2:20; Fil 3; 2Co 1:9; 4:10 y otros pasajes).

Exponemos aquí otros puntos interesantes. Saulo no había conocido al Jesús terrenal. No tenía un testimonio de él porque no le conoció desde el principio, y no había declarado nunca que fue hecho Señor y Cristo. No es el Jesús que sube al cielo y se oculta, sino el que se le aparece por primera vez anunciándole quién era. Un Señor glorioso es el único al que conoce. Su evangelio —como él mismo declara— es el evangelio de la gloria. Si hubiera conocido a Cristo según la carne, no habría sido como ahora. Hay un principio importante aquí. El Señor glorioso tiene a sus miembros en la tierra («Yo soy Jesús, a quien tú persigues»). Aquellos pobres discípulos eran Él mismo, hueso de Sus huesos y carne de Su carne. Velaba por ellos y los amaba como si fueran de su propiedad. La gloria y exclusividad de los santos con Jesús, la Cabeza en el

cielo, son las verdades relacionadas con la conversión de Saulo y la revelación de Jesús a él, con la aparición de la fe en el corazón, de forma que eso derribó en su alma el judaísmo, la religión que se había aposentado y había infundido carácter a su existencia.

Otro asunto que tomamos prestado del relato de la visión que aparece más adelante es el relacionado con su carrera: «separándote —dice el Señor— del pueblo y de los gentiles, a los que ahora yo te envío». Este fin moral de Saulo le separaba de ambos (de los judíos por supuesto, aunque eso no le hacía parecer un gentil), y le unió a un Cristo glorificado. En su nuevo estado espiritual no era ningún judío ni tampoco un gentil. Toda su vida y ministerio resultan de su asociación con un glorificado Cristo celestial.

Sin embargo, entró en la asamblea por los medios habituales (como Jesús en Israel), tomando humildemente su lugar donde la verdad de Dios era establecida con poder. Ciego durante tres días, y totalmente absorto en tal hallazgo, permanece sin comer y beber; después, aparte del hecho de que quedó ciego —lo que constituía una prueba inequívoca y silenciosa de lo que le había sucedido—, su fe tuvo que ser confirmada con la llegada de Ananías, quien le declara de parte del Señor los sucesos acontecidos, a pesar de no haberse movido de la ciudad. Una circunstancia sorprendente, si tenemos en cuenta que en una visión Saulo había visto a Ananías acudir a él y devolverle la vista. Así fue cómo la recuperó y fue bautizado. Luego comió y recobró fuerzas. La conversación de Jesús con Ananías es extraordinaria, porque muestra la forma tan evidente de revelarse el Señor en aquellos días y la libertad y confianza con las que el veraz y fiel discípulo conversaba con él. El Señor le habla con todo detalle, como lo haría un hombre con su amigo, del lugar y circunstancias que le permitían a Ananías razonar con una mente abierta acerca de Saulo. Jesús le respondía, pero no con autoridad firme, sino cubriendo de gracia los detalles, pues quería que le obedeciera y por eso le declara que Saulo había sido escogido como vaso para dar a conocer Su nombre a los gentiles, a los reyes y a los hijos israelitas, y que le haría ver cuánto tenía que sufrir por amor a él.

Saulo no se demora en confesar y revelar su fe, y lo que dijo en adelante es digno de ser tenido en cuenta. Predicaba en la sinagoga que Jesús era el Hijo de Dios. Era la primera vez que se decía algo así. Sermoneaba sobre su exaltación a la diestra divina, puesto que él fuese Señor y Cristo era algo que ya se había predicado. El rechazado Mesías fue exaltado en los cielos. Esta es la sencilla doctrina en cuanto a su gloria personal. Jesús es el Hijo de Dios. En las palabras de Jesús a Ananías, los hijos de Israel vienen en último lugar.

Saulo no comienza todavía su ministerio público. Por decirlo de alguna forma, solo expresa su fidelidad personal, celo y devoción entre aquellos que le rodean, con los que mantiene una relación abierta. No pasó mucho tiempo antes de que se manifestase en la nación un antagonismo religioso que no quería a Cristo, como Dios al menos deseaba, y los discípulos ayudaron a Saulo a escapar de su refugio deslizándole dentro de una canasta. Gracias a Bernabé —un hombre bueno, lleno del Espíritu Santo y de fe, a quien la gracia había enseñado a valorar la verdad respecto al nuevo discípulo—, el temeroso Saulo encontró su lugar entre los discípulos de Jerusalén¹⁴. Extraña posición la suya, de no haberse visto absorto por el pensamiento de Jesús, y triunfo maravilloso del Señor.

En Jerusalén discute con los helenistas; él era uno de ellos. Los hebreos no constituían el ámbito natural del nuevo discípulo y procuraban darle muerte, pero sus condiscípulos le hacen descender al mar para enviarle a Tarso, su ciudad natal. El triunfo de la gracia, causado por la mano divina, pudo silenciar al adversario. Las asambleas siguen su camino en paz, andando en el temor de Dios y en el consuelo del Espíritu Santo, dos grandes elementos de bendición. Crecen en número y las persecuciones cumplen los designios divinos. La paz que Dios ofrece va acompañada del crecimiento en la gracia y en el conocimiento de él. Conocemos los caminos y el gobierno divinos en medio de la imperfección humana.

Siendo establecida la paz por la bondad de Dios —el único recurso de aquellos que confían en él y se someten a su voluntad—, el apóstol Pedro visita las regiones de Israel. El Espíritu de

¹⁴ Esto ocurrió después, por lo que parece, pero consta aquí para confirmar a Saulo su plaza entre los cristianos.

Dios narra aquí esta circunstancia, entre la conversión de Saulo y el momento en que comienza su obra apostólica, para mostrarnos, qué duda cabe, la energía exhibida por Pedro en el preciso instante en que el llamamiento de aquel nuevo apóstol proporcionaría más luz a una obra que era nueva en muchos aspectos importantes (sancionando así, respecto a Su obra y en lo que tocaba, lo cumplido anteriormente, con independencia de los progresos alcanzados por los consejos divinos). Todo con el fin de mostrarnos la entrada de los gentiles en la asamblea como fue fundada al principio por la gracia, guardada en su unidad y con el sello de la obra de la gracia celestial.

La asamblea existía. La doctrina de su unidad como cuerpo de Cristo, fuera del mundo, no se había revelado aún. La recepción de Cornelio en ella no lo anunciaba, pero sí preparaba el camino para su revelación.

La inagotable fortaleza de Pedro, su autoridad apostólica en medio de la escena donde tuvo lugar la entrada de Cornelio a la casa espiritual de Dios, en relación con su ministerio y después del llamamiento de Saulo —quien a la vez abrió nuevas perspectivas—, son hechos que, sumados, confirman lo que venía sucediendo. La obra original fue poco a poco dejándose de lado para dar paso a otro tipo de obra. La visión de Pedro no era la revelación de la asamblea como cuerpo de Cristo, como tampoco lo revelaba la admisión de Cornelio. Estas visiones solo venían a decir que si en cada nación había quienes temían a Dios, eran aceptables delante de él; en una palabra, que el favor divino no se limitaba solo a los judíos, por lo que no era necesario tener que convertirse en judío para beneficiarse de la salvación que es en Cristo. La unidad del cuerpo unido a su Cabeza en el cielo no fue presentada por medio de este suceso, pero preparó la vía para exponer esta verdad, ya que en realidad el gentil fue admitido sin pasar por el judaísmo. Esto se iba cumpliendo de manera individual, pese a que la doctrina misma no fuese todavía conocida. El arrepentimiento para vida eterna era también ofrecido a los gentiles. El Espíritu Santo —el sello de la bendición cristiana entre judíos y el fruto de la redención llevado a cabo por Jesús— se ofrecía tanto a ellos como a los gentiles. Estos podían quedar confundidos ante todo lo que estaba pasando, pero no podían resistirse a Dios. La gracia haría que le alabaran por ello.

Desde el capítulo 9:32 al 11:18, vemos el poder del Espíritu de Dios acompañando a Pedro en Israel y la admisión de los gentiles en la asamblea terrenal, sin necesidad de una conversión al judaísmo, ni de someterse al orden antiguo que desaparecía. El sello del Espíritu fue puesto sobre ellos, y los líderes de las asambleas en Jerusalén, así como los más celosos de la circuncisión, aceptaron todo por voluntad divina, alabando a Dios a pesar de los prejuicios que tenían. La puerta quedó abierta para los gentiles. Fue un gran paso el que se dio. La doctrina preciada de la asamblea tenía que ser aún anunciada.

Pedro proclamó el llamamiento de los gentiles en su primer discurso, pero para poder darlo y estipular sus condiciones, en relación con lo que había sucedido en el hilo histórico, se precisaban la intervención, la autoridad y la revelación divinas. El progreso se hace evidente a través de la paciente gracia de Dios, pues no tenía nada que ver con ello la sabiduría humana. Judío desde sus inicios, el pueblo de Jerusalén recibió la enseñanza de que Jesús volvería si se arrepentían. Este testimonio de la gracia fue rechazado y las primicias de la iglesia suben al cielo en la persona de Aquel que lo mantuvo. El Espíritu Santo, con su libertad soberana, actúa en Samaria y entre los prosélitos. Tras quedar dispersada la asamblea con las persecuciones, Saulo es introducido en ella por la revelación de un Cristo glorioso y el testimonio de su boca, lo que implicaba la unión de los santos con la Cabeza en el cielo para formar un solo cuerpo. Después de esto, un gentil convertido y fiel recibe la fe en Cristo y en el Espíritu Santo, de modo que señalado por este testimonio —el sello divino de su fe— el apóstol, y los discípulos, más apegados al judaísmo, le reciben: Pedro, bautizándole; los demás, aceptando el acto de Pedro.

Observemos que la salvación no solo es el hecho de haber recibido la vida y la piedad, sino también la completa liberación que nos presenta al Cristo de la justicia, la cual Dios ofrece a cada uno que recibe la vida a través de la operación divina. Cornelio era en verdad temeroso, pero escuchó las palabras de una obra que le iba a salvar, y de hecho le salvó, como finalmente

ocurrió. El sello del Espíritu Santo recibido al creer en Jesús¹⁵ es la base sobre la que están asentados quienes Dios acepta y reconoce. He aquí la abrumadora evidencia.

El capítulo 11:19 comienza la narración del nuevo orden de cosas por el que se distingue el ministerio de Pablo. Entre quienes fueron esparcidos en ocasión de la muerte de Esteban, llegando tan lejos como Antioquía para predicar al Señor Jesús, se hallaban los que habitualmente tenían más contacto con los griegos, porque procedían de Chipre y Cirene. Se dirigían pues a ellos en esta antigua capital selúcida y muchos se convertían al Señor cuando recibían su palabra. La asamblea en Jerusalén, dispuesta ante la evidencia mostrada por la conversión de Cornelio a aceptar este acontecimiento de la entrada de gentiles, envía al chipriota Bernabé a Antioquía. Hombre bueno y lleno del Espíritu Santo, su corazón se llena de gozo al contemplar la obra de la gracia divina. Mucha gente es añadida para el Señor.

Hasta aquí todo se vinculaba a la obra en Jerusalén, aunque empezara a extenderse a los gentiles. Bernabé, que no parecía más capacitado para ella pero que en cualquier caso es guiado por Dios, partió a Tarso en busca de Saulo cuando veía que en Jerusalén querían matarle. Ambos se reúnen con la asamblea en Antioquía y enseñan allí a mucha gente. Todo lo que sucede tiene que ver con Jerusalén, de donde descienden unos profetas anunciando una hambruna en todo el país. Los vínculos entre el rebaño y Jerusalén como centro son evidentes, y se fortalecen cuando se envía a esta metrópolis religiosa del judaísmo el consuelo y alivio de parte de los hermanos. La capital era considerada también el foco del cristianismo, que tuvo su comienzo en el remanente judío que puso su fe en Jesús como el Cristo.

A Bernabé y Saulo se les encomienda esta tarea para acometerla en Jerusalén. Esta circunstancia nos devuelve a la ciudad donde el Espíritu tiene todavía algo que mostrarnos de los caminos de Dios.

Capítulo 12

Para satisfacer a los judíos, Herodes empieza a perseguir a la asamblea en esta ciudad. Observamos aquí que la compañía de creyentes en Antioquía es llamada la asamblea (iglesia), algo que hasta ahora no habíamos visto. Todos eran considerados parte integrante de la obra en Jerusalén, así como a los judíos se los consideraba parte de la relación con el centro de su sistema religioso, ya fueran numerosas las sinagogas o grande la influencia de sus rabinos¹⁶. Cada judío verdadero tenía su origen en la capital. Bernabé y Saulo se reunían con la iglesia en Antioquía, una asamblea local consciente de su existencia distinta de la de Jerusalén, pero mantenía comunión con ella. Comienzan a nacer asambleas fuera de la metrópolis.

Volvamos a Jerusalén. Herodes, un rey malvado que en ciertos aspectos prefigura al rey adversario del fin, empieza a perseguir al remanente fiel de Jerusalén. No solo los judíos ofrecían resistencia a este remanente. El rey, al que detestaban, se une a ellos movido por el odio hacia el testimonio celestial y pensando ganarse su favor. Hace matar a Santiago y se dispone a detener a Pedro para llevarle a prisión, pero Dios guarda a su siervo y le libera a través del ángel, como respuesta a las oraciones de los santos. Permite que algunos sean asesinados —feliz testimonio de su porción celestial en Cristo—, y guarda a otros para que prosigan con el testimonio pese a todo el poder, por lo visto irresistible, del enemigo; poder que el Señor utiliza cuando quiere y como quiere para crear confusión con la manifestación de aquello que a él, y solo a él, concierne. Los pobres santos, aunque oraban con todo fervor (en aquellos días ya celebraban sus reuniones) no dan crédito a sus ojos cuando ven venir hacia ellos a Pedro, señal

¹⁵ Si examinamos de cerca las Escrituras en sus hechos y afirmaciones, creo que hallaremos sobrados detalles de que es la fe en la obra de Jesús, para remitir los pecados, la que es sellada.

¹⁶ Se plantea una cuestión sobre la lectura del pasaje 9:31, que no afecta al pensamiento general de que una asamblea local, distinta de Jerusalén y compuesta principalmente por gentiles, estuviera en fase de formación.

clara de que Dios había respondido a sus oraciones. El deseo sincero es presentado ante Dios, pero la fe apenas sabe tenerle en cuenta.

Confundido por el poder de Aquel al que resistía, Herodes condena a muerte a los instrumentos que le permitieron canalizar su odio, y al poco regresa al trono gentil de su autoridad. Exhibiendo allí su gloria, aceptaba la adulación del pueblo, que lo consideraba un dios, pero es castigado para que se diese cuenta de que Dios es quien gobierna el mundo a pesar de cómo se las gasta el orgullo del hombre.

La palabra de Dios se propagaba con la gracia, y Saulo y Bernabé, tras haber cumplido su ministerio, regresan a Antioquía llevándose con ellos a Juan, de sobrenombre Marcos.

Capítulo 13

Llegamos directamente al comienzo de la historia de esta obra, nueva en algunos aspectos porque estaba relacionada con la misión de Pablo, pero mediando la intervención directa del Espíritu Santo. No vemos al Cristo terrenal, que con su autoridad envía a los doce investidos con poder de lo alto para anunciar Su exaltación en los cielos, Su venida y la reunión bajo el signo de la cruz de los que iban a creer. Pablo ha visto a Cristo en la gloria, por eso se reunió con la asamblea que ya se estaba congregando. Aquí no tenemos al Cristo visible que le comisiona como testigo de Su presencia sobre la tierra, o de Su rechazo como Aquel al que había conocido. El Espíritu Santo no envía a Pablo desde Jerusalén, sino desde una ciudad griega en la que Él, libre y soberanamente, había convertido y reunido a gentiles y a unos cuantos judíos, formando una asamblea cuya existencia quedó marcada, inicialmente, por el hecho de que el evangelio fuera predicado a los griegos.

En este capítulo nos hallamos nuevamente en la asamblea de Antioquía, en medio de la acción independiente¹⁷ del Espíritu. Algunos profetas estaban allí, Saulo entre ellos. Ayunaban y se ocupaban del servicio del Señor. El Espíritu Santo les ordena que aparten a Saulo y Bernabé para la obra a la que eran llamados. Así fue que se originó su ministerio, qué duda cabe, para llevar el testimonio de Aquel en quien habían creído y a quien Pablo, finalmente, había visto, por lo que actuaban bajo Su autoridad. El origen obvio y certero de su misión era el Espíritu Santo, dado que fue él quien los llamó y los envió a la obra (un principio trascendente en cuanto a los caminos del Señor en la tierra). Con esto salimos de Jerusalén, del judaísmo, de la jurisdicción de los apóstoles que el Señor asignó. A Cristo no se le conoce más según la carne, como expresa Saulo al convertirse en Pablo. Tenían que hacer frente al espíritu judaico y tratarlo con consideración siempre que fuera real y sincero. Empero los orígenes de su obra no tienen relación con el sistema que ya no consideraban el punto de partida. Un Cristo glorioso y celestial que reconoce a los discípulos como miembros de su cuerpo en el cielo —una misión espiritual en la tierra, contando con la energía divina como origen de toda acción y autoridad (dando testimonio, claro está, de Cristo)—, es la obra que ahora comienza y es encomendada a Saulo y Bernabé.

Bernabé formaba un fuerte vínculo entre ellos. Era un helenista de Chipre y el que presentó a Saulo a los apóstoles después de la conversión de este cerca de Damasco. Bernabé tenía un corazón mucho más predisposto a los testimonios de la gracia divina que los apóstoles y los demás, que se alimentaban de un judaísmo estricto. Dios provee en gracia para todas las cosas. Siempre se encuentran, donde se los necesita, un Bernabé, un Nicodemo, un José y un Gamaliel. Los actos divinos, en este sentido, son sorprendentes en toda esta historia. Sirva esto para estar más confiados en Aquel que dispone todas las cosas y para hacer su voluntad por el Espíritu.

El vínculo, pese a todo, pronto se romperá. Ocurrirá en relación con las «viejas vestiduras», con los odres viejos, aunque este hombre del que el Espíritu daba tan buen testimonio, y cuyo

¹⁷ La acción del Espíritu es siempre independiente, pero aquí quiero subrayar que era ajena a la autoridad de los apóstoles. Esta autoridad no es el origen de lo que se hace, ni lo que se hace habla del origen.

exquisito carácter conocía, fuera bendecido de esta forma. Bernabé se propuso llevar consigo a Marcos, su parentela (Col 4:10). Así, Marcos regresó a Jerusalén casi al comienzo de la obra de evangelización en las regiones gentiles; Saulo la prosigue con los instrumentos que se formaron bajo su mando; y Silas prefirió quedarse en Antioquía cuando podía haber vuelto con Judas, una vez terminado el servicio particular que al inicio se le encomendó en Jerusalén.

Enviados de esta forma por el Espíritu, Saulo y Bernabé parten hacia Seleucia con su ayudante en el ministerio, Juan Marcos, para continuar hasta Chipre. Hallándose en la ciudad isleña de Salamina, predicán la palabra de Dios en las sinagogas judías. Sea cual fuere la acción emprendida por la energía del Espíritu Santo, Él actuaba en lo referente a los consejos y promesas con perfecta paciencia. Al final de su vida, y pese a las innumerables contradicciones de los judíos —despiadadas y vejatorias por naturaleza—, el apóstol avanzó hasta el judío primero y después el gentil, como determinaban los caminos y consejos divinos. Una vez fueron introducidos donde la verdad y la gracia se revelaban plenamente, no había diferencia entre ambos. Dios es único en carácter y se reveló totalmente con la rasgadura del velo; el pecado es único en carácter y contrario a Dios. El fundamento de la verdad no cambia y la unidad de la asamblea mantiene su conexión con las alturas de la gracia divina, la cual desciende hasta el pecado más total y absoluto para hacerse manifiesta. En cuanto a los caminos divinos sobre la tierra, los judíos ocupaban el primer lugar, y el Espíritu, que está por encima de todo, puede entonces actuar en plena libertad al reconocer dichos caminos de la soberanía de Dios. Incluso Cristo, que se hizo un Siervo de la gracia, se sometió a ellos y está ahora exaltado a la diestra divina, haciendo converger esta variedad de caminos y dispensaciones en sí mismo como cabeza y centro de una gloria de la que el Espíritu Santo da testimonio. El objetivo es llevar a cabo este testimonio hasta donde sea posible, y a través de la gracia, lo que no impide que el apóstol pronuncie otro tipo de juicio definitivo sobre la condición de los judíos siempre que la ocasión lo requiera.

Ya al comienzo de su ministerio, las dos cosas van unidas. Hemos visto que el apóstol empezó con los judíos. Después de atravesar la isla llegó al palacio gubernamental. El procónsul, un hombre prudente y reflexivo, pide poder escuchar el evangelio, pero acosado por un falso profeta que se aprovechaba de la sed de un alma que quería llenar el vacío provocado por las fútiles ceremonias paganas —y su vergonzosa inmoralidad—, manda llamar a Saulo y Bernabé. Elimas los resistió, como era de esperar, porque de lo contrario habría perdido credibilidad ante el gobernante si este hubiera recibido la verdad que Saulo predicaba; Elimas era judío. Llamado a partir de aquí Pablo, el apóstol pronuncia, lleno del Espíritu Santo, la sentencia de una ceguera temporal sobre Elimas, que le fue enviada al momento por la poderosa mano divina. Asombrado el procónsul por el poder que acompañaba esta palabra, se sometió al evangelio.

No dudo de que en este desdeñable Barjesús vemos una figura de los judíos de hoy, castigados temporalmente con ceguera a causa de haber sentido celos de la influencia del evangelio. A fin de llenar la medida de su iniquidad, opusieron resistencia a la predicación de los gentiles. Su condición es juzgada y la historia gentil es dada como misión a Pablo¹⁸. Ellos han sido castigados por oponerse a la gracia y por intentar destruir sus resultados sobre los gentiles. Todo ello, no obstante, por un tiempo.

Saliendo de Pafos, se adentran en Asia Menor. Ahora Pablo ocupa definitivamente su lugar a ojos del historiador del Espíritu. Toda su compañía la formaban quienes estaban con él, una expresión griega (*hoi peri Paulon*, «aquellos alrededor de él») que dice todo del apóstol. Cuando alcanzaron Perge, Juan Marcos los deja para regresar a Jerusalén, a unas formas más suaves y moderadas de la influencia judaica, que mostraban por donde se ejercían que, si no levantaban oposición, sí robaban cuando menos el vigor necesario para la obra desplegada entre los gentiles. Bernabé fue más lejos con Pablo en la obra. El apóstol comienza nuevamente con los judíos cuando llegan a Antioquía de Pisidia. Entra en la sinagoga en sábado, y por petición de su

¹⁸ No sé si el cambio de nombre que se le dio en esta ocasión, cuyo significado ha despertado la curiosidad por su etimología, es una simple alteración que perdió la forma hebrea para adoptar un aspecto romano o gentil.

gobernante proclama al Jesús rechazado y crucificado por los judíos en Jerusalén, resucitado por el poder de Dios, que los justificaba de todo lo que la ley de Moisés no podía justificarlos.

El testimonio de Pablo es muy similar al de Pedro, y análogo al comienzo de la epístola a los Hebreos en lo que respecta al carácter testimonial: el versículo 33 es casi el mismo que el del testimonio de Pedro en Hechos 3. En el versículo 31, él emplaza claramente a los doce en el lugar del testimonio a Israel, como quienes habían acompañado al Señor y le habían visto resucitado. «Ellos son —dice— sus testigos para el pueblo». Pero el testimonio de Pablo, que en cuanto al cumplimiento de las promesas sobre la venida de Cristo y las misericordias de David, aseguradas con Su resurrección, vuelve a tomar la línea de predicación de Pedro, se desvía de ella en un punto importante. No se refiere en ningún momento a que Dios haya hecho a Jesús Señor y Cristo, sino que anuncia la remisión de pecados efectuada en su nombre y exhorta a los que le escuchaban a no descuidar esta salvación tan grande¹⁹. Muchos siguieron a Pablo²⁰ y Bernabé, exhortados a perseverar en la gracia que les habían anunciado. La gran masa del pueblo se reunió el sábado siguiente para escuchar la palabra de Dios. Los gentiles suplicaron que este evangelio de la gracia les fuera predicado otra vez. Sus almas habían hallado más verdad en la doctrina del único Dios, reconocido por los judíos, que en la hueca adoración de los paganos, lo que para una mente despierta e insatisfecha dejó de suscitar el alimento que la saciaba, demasiado activa como para ocuparse en ceremonias que solo ofrecían atractivo para la ignorancia. La ignorancia quedaba cautivada por la pompa y boato de tales rituales, acostumbrada a la gratificación del elemento religioso de la carne. Aun así, la doctrina del único Dios aceptada de forma fría, aunque vaciara la mente de la insensatez del mito pagano, no saciaba el alma con el poderoso testimonio divino de la gracia, ofrecido por el Espíritu Santo y los mensajeros enviados. Un testimonio que, manteniéndose fiel a las promesas hechas a los judíos, era sin embargo anunciado como palabra de salvación a todos los que le temían. Pero ellos, celosos del resultado que el evangelio pudiera producir en el alma sedienta, de un modo que su sistema no podía, resisten a Pablo y blasfeman contra la doctrina de Cristo. Entonces, Pablo y Bernabé se dirigen sin dudar a los gentiles.

Fue un momento importante y decisivo. Estos dos mensajeros del Espíritu Santo refieren el testimonio del Antiguo Testamento respecto al propósito de Dios para los gentiles, de quienes Cristo tenía que ser la luz. Un propósito que ellos cumplieron según la inteligencia y poder que el Espíritu les dio. El pasaje está en el capítulo 49 de Isaías, donde la oposición de Israel, que restaba valor al testimonio de Cristo, permitió que Dios declarara que esta obra no era sino algo pequeño, con la que Cristo debería ser, hasta los límites de la tierra, una gran luz a los gentiles.

Haremos bien en fijarnos en esto último: la energía activa impartida a través de la inteligencia espiritual, y la manera en que las declaraciones proféticas adquirirían más luz y autoridad para la llamada a la acción. El Espíritu divino daba un significado práctico a su aplicación. Otro podría no comprenderlo tal vez, pero el hombre espiritual tiene plena garantía, porque se lo dice la conciencia, de comprender la Palabra. El resto se lo deja a Dios.

Los gentiles se regocijan en el testimonio y creen los ordenados para vida eterna. La Palabra se difunde por toda la región. Los judíos muestran ahora su verdadero carácter de enemigos del Señor y de su verdad. Con motivo de ello, Pablo y Bernabé se sacuden el polvo de los pies. Los discípulos, sin importar qué influencias pudieran tener, no pusieron ningún impedimento. La posición que tomaron aquí los judíos —y que vemos también en todas partes— nos hace comprender el gran motivo de dolor y sufrimiento que debió significar para los apóstoles.

Capítulo 14

¹⁹ Ambos obedecen en su testimonio la comisión de Lucas 24.

²⁰ Aquí Pablo es situado en primer lugar antes que Bernabé. En el capítulo anterior, es Bernabé quien está primero.

Sus trabajos misioneros continúan en Iconio, enfrentados a la oposición de los judíos que, sin avenirse todavía a la obra, soliviantan a los gentiles para que estorbaran a quienes la realizaban. Tratándose de oposición, ya era un motivo para perseverar. Siendo avisados a tiempo de un ataque planeado contra ellos, partieron hacia Listra y Derbe. En esta ciudad, la curación de un cojo insultó el respeto que estos pobres paganos tenían por los ídolos, y los horrorizados apóstoles, fieles al testimonio de su Dios, los hacen volver de su error demostrándoles la fuerza del Espíritu Santo. Hasta aquí, los judíos les habían seguido. Si uno no se mezclaba con la idolatría del corazón pero aceptaba la adulación de los hombres, el poder del testimonio del que ellos se admiraban —mientras pensaban poder ensalzar al hombre y ganar importancia con la aceptación de sus halagos— terminaba por agitar el odio en el corazón de los judíos. Este encono bastaba para provocar al pueblo, que dio a Pablo por muerto. Pero levantándose él, entra de nuevo en la ciudad, donde permanece tranquilo un día más hasta partir al alba hacia Derbe, acompañado de Bernabé.

Después vuelven a visitar las ciudades por las que habían pasado, y en Listra, Iconio y Antioquía confirman a los discípulos en la fe, enseñándoles que debían pasar por muchas tribulaciones para heredar el reino. Escogieron para ellos ancianos, y pasando por otras ciudades donde habían desembarcado, regresan a Antioquía, donde fueron encomendados a Dios para la obra y causaron gran gozo a los discípulos, puesto que la fe había sido dada también a los gentiles. Esta fue la primera misión oficial entre ellos. Se formaron asambleas y los apóstoles eligieron ancianos, entre la evidente hostilidad de los judíos hacia la gracia de Dios. La Palabra asume un carácter terminante entre los gentiles y la energía del Espíritu se manifiesta a este efecto, constituyéndolos y formándolos en asambleas y estableciendo líderes locales en ellas, con actuación independiente de la iglesia de Jerusalén y de la observancia de la ley que todavía mantenían.

Un asunto relativo a todo ello, es decir, a si podía aceptarse o no la ley, surge muy pronto en Antioquía. No se trataba más de la oposición hostil de los judíos al evangelio, sino del sectarismo de aquellos que lo habían aceptado y deseaban imponer un legalismo a los gentiles convertidos. La gracia divina proveyó para esta dificultad.

Capítulo 15

Este capítulo contiene todo el relato. Ciertas personas descienden de Jerusalén, donde las cosas marchaban según los requisitos legales, e intentan imponer la ley a los gentiles de este nuevo foco que era Antioquía, de donde arrancaba la obra que se formaba. Fue la voluntad de Dios que esta cuestión se resolviera, aunque no por la autoridad apostólica de Pablo o la acción del Espíritu en Antioquía únicamente (ya que esto hubiera dividido la iglesia), sino por la celebración de una conferencia en Jerusalén sobre mantener la unidad, obviando los prejuicios de los judíos. Los caminos de Dios en este sentido son asombrosos, y muestran la manera en que él ha demostrado, con su soberanía, un cuidado de gracia por la iglesia. Cuando leemos la epístola a los Gálatas, vemos que en realidad había cosas que atacaban el cristianismo de los vivificados, socavaban sus fundamentos, los principios de la gracia, los derechos divinos y afectaban al estado pecaminoso del hombre. Eran principios en que se fundamentaba todo el edificio de las relaciones eternas de Dios con los hombres. Si alguien era circuncidado, se hallaba bajo la ley y había abandonado la gracia, había caído de la posición en Cristo. Por esta razón, el apóstol Pablo, lleno de fe, energía y un celo vigorizante, se ve obligado a subir a Jerusalén contrario a sus deseos, a fin de solucionar este asunto. Venía desempeñando la labor en Antioquía, pero la obra en esta ciudad no era lo verdaderamente importante. No era más apóstol allí que en Iconio, Listra, Macedonia y Grecia. Salió del seno de la iglesia antioquena porque esta cuestión debía resolverse, tuviera o no autoridad apostólica. Tenía que obedecer los caminos divinos.

Discute con los hombres de Judea, pero no se logra un acuerdo. Antioquía determina enviar unos miembros de la iglesia a Jerusalén, con ellos Pablo y Bernabé, debido al interés profundo de ellos dos en este problema. Pablo tuvo además una revelación de que debía subir hasta allí. Dios dirigió sus pasos. En vista de lo sucedido, a veces es bueno claudicar aunque vayamos por un camino digno o estemos siempre llenos de energía espiritual.

Llegados a Jerusalén, abordan este asunto. Era ya algo extraordinario que en la ciudad los gentiles se estuvieran resistiendo a someterse a la ley y lo hubieran decidido así. Vemos la sabiduría divina, a la hora de disponerlo todo, en que tal resolución había de originarse en Jerusalén. Si no hubiera existido sectarismo en la ciudad, no habría tenido por qué plantear el problema, pero aun así había de manifestarse lo bueno a pesar de las debilidades y tradiciones humanas. Una resolución tomada en Antioquía habría sido muy distinta de si se hubiera tomado en Jerusalén. La iglesia judía no habría reconocido la verdad y la autoridad apostólica de los doce no habría tenido reconocimiento alguno. La existencia de Antioquía y de los gentiles habría tomado otro curso, originándose una lucha, con la iglesia primitiva y apostólica por un lado, y la energía y libertad del Espíritu por otro, con Pablo como representante. La tendencia judaizante de la naturaleza humana siempre está dispuesta a abandonar la suprema energía del Espíritu para volverse a los caminos y las ideas de la carne. Esta tendencia, alimentada por las tradiciones de una antigua fe, ya había causado bastante dolor y problemas a quien obraba entre los gentiles con libertad espiritual, pero sin el apoyo auxiliar de las actividades de los apóstoles y de la iglesia en Jerusalén como para tolerarlo.

Después de mucho debate en Jerusalén, para el que se gozó de plena libertad, Pedro toma el hilo conductor del asunto y relata el caso de Cornelio. Pablo y Bernabé declaran la maravillosa manifestación de Dios mediante el poder del Espíritu Santo, acaecida entre los gentiles. Santiago resume entonces el fallo de la iglesia, al que todos dieron su conformidad, acerca de que los gentiles no serían obligados a circuncidarse o a obedecer la ley, sino que se abstendrían de sangre, ahogado, fornicación y de la carne sacrificada a los ídolos. Haremos bien en considerar la naturaleza y condiciones de este decreto.

No se dictaminaba lo que era bueno o malo desde un punto de vista abstracto, sino solo lo que convenía para aquel caso. Era «necesario», y no «correcto delante de Dios», evitar ciertas cosas. Podían ser realmente malas, pero aquí no se las considera desde este punto de vista. Había cosas a las que estaban acostumbrados los gentiles y a las que era propio renunciar, si la asamblea quería caminar como debía delante de Dios y de manera pacífica. Ellos no tenían que someterse a las otras ordenanzas de la ley. Moisés ya tenía a quienes le predicasen. Aquello era suficiente y no forzaba a los gentiles ni a los judíos a someterse a las leyes mosaicas cuando se reunían, solo al Señor.

Por lo tanto, este decreto no se pronuncia sobre la naturaleza de las cosas prohibidas, sino sobre una conveniencia, puesto que los gentiles se hallaban en la costumbre de practicar estas cosas. Hemos de saber que no era solo algo que la ley prohibía, sino lo contrario al orden que Dios estableció como Creador, como la prohibición de comer carne, que ellos atribuían erróneamente a Noé cuando lo que se le dijo es que podía comerla. La mujer debía mantener relaciones con el hombre en la santidad del matrimonio, y esto significaba toda una bendición. La vida pertenecía a Dios. Toda comunión con los ídolos era una afrenta a su autoridad. Dejemos a Moisés con sus leyes; estas cosas eran contrarias al conocimiento inteligente del Dios verdadero. No se trataba, por tanto, de una nueva ley impuesta por el cristianismo ni de ningún acuerdo con los prejuicios judaicos. No tenía la misma validez que podía tener una ordenanza moral, que era obligatoria; se trataba de expresar, en términos coherentes, una inteligencia cristiana de las relaciones del hombre con Dios sobre las cosas naturales, inteligencia que la bondad divina ofrecía a través de líderes en Jerusalén a unos cristianos ignorantes, para liberarlos de la ley e iluminarlos respecto a lo que era apropiado hacer. Con este tipo de cosas habían sido ignorantes los idólatras gentiles.

He dicho inteligencia cristiana; pues bien, no hay nada inapropiado en que yo coma algo que haya sido ofrecido en un altar, siempre que reconozca que es Dios quien me lo da, no un

ídolo. Pero si el acto implica comunión con el ídolo, incluso para la conciencia del otro sería provocar los celos de Dios, pecar contra él o contra mi prójimo. Desconozco si un animal ha sido o no estrangulado, pero si la gente actúa sabiendo de que no hay diferencia en que la vida pertenezca a Dios o a los ídolos, entonces hay pecado. No consigo contaminarme por el acto en sí, pero caigo de mi inteligencia de cristiano acerca de los derechos divinos del Creador. En cuanto a la fornicación, es algo que entra en la categoría de la castidad cristiana, además de ser contrario al orden creacional, de forma que tiene que ver con el bien y con el mal, no solo con los derechos divinos revelados a nuestra inteligencia. Esto era importante como principio general, más que el detalle de las cosas mismas.

Resumiendo, los principios establecidos son estos: pureza en el matrimonio según la institución original, que la vida pertenece al único y verdadero Dios, y una unidad: la deidad, la vida y el mandamiento original al hombre. Lo mismo se aplica a los fundamentos de la iglesia en base a su decreto: «pareció bien al Espíritu Santo y a nosotros».

El Espíritu Santo se había manifestado en el caso de Cornelio y en el de la conversión de los gentiles, de lo que Pedro, Pablo y Bernabé habían tomado buena nota. Por otra parte, los apóstoles eran depositarios de la autoridad de Cristo, a quienes se encomendó el gobierno de la asamblea fundada en relación con la auténtica fe judía. Representaban la autoridad del Cristo ascendido a lo alto, de la misma forma que el poder y la voluntad del Espíritu se habían revelado en los casos ya mencionados. La autoridad era ejercida con relación a lo que, en cierto sentido, era la continuación de un judaísmo agrandado por las nuevas revelaciones, que tenía su centro en Jerusalén y reconocía como Mesías al Jesús rechazado por el pueblo. Dios había confiado a ellos la autoridad necesaria para gobernar la asamblea. También habían sido sellados en Pentecostés para gobernarla.

El espíritu de gracia y sabiduría se evidencia por su manera de actuar. Dieron toda su aprobación a Pablo y Bernabé, y envían con ellos a personas de prestigio de la asamblea de Jerusalén, de las que no podía sospecharse que iban a responder en defensa de sus propias alegaciones, como sí cabía suponer de Pablo y Bernabé. Los apóstoles y ancianos se reúnen para deliberar, pero el rebaño entero interactúa de común acuerdo.

La capital había decidido que la ley no fuera obligada para los gentiles, pues en la autenticidad de su camino con Cristo se regocijaban mucho en la liberación de este yugo. Judas y Silas, que eran profetas, los exhortan y los confirman, y poco después son despedidos en paz. Influenciado por el Espíritu, Silas cree que es bueno quedarse allí solo. Prefiere trabajar entre los gentiles a hacerlo en Jerusalén. Judas sí regresa. La obra continuaba en Antioquía por mano de Pablo, Bernabé y los demás. En esta localidad volvemos a ver la libertad total del Espíritu Santo.

Pablo propone a Bernabé visitar las asambleas que fueron formadas por mediación suya en Asia Menor. Bernabé da su consentimiento, pero determina llevarse a Juan, que antes los había abandonado. Pablo habría deseado a otro que no se hubiera retractado de la obra ni preferido su hogar al de un peregrino. Bernabé insiste, pero estos dos valiosos siervos de Dios acaban por separarse. Bernabé se lleva con él a Marcos en su viaje a Chipre. Marcos era ahora su parentela y Chipre su patria. Pablo se lleva a Silas, quien finalmente había estimado más oportuna la labor en la obra que Jerusalén, y parten juntos. Por su nombre deducimos que Silas era helenista. Es positivo ver que, después de todo, Pablo habla de Bernabé con afecto y desea que Marcos vuelva con él, dado que le había hallado útil para el ministerio.

Los hermanos encomiendan a Pablo a la gracia de Dios para la obra. El título que dan a Pablo y Bernabé muestra la diferencia entre la autoridad apostólica, establecida por Cristo en persona, y la constituida por el poder del Espíritu, enviada sin lugar a dudas por Cristo y guiada por esta acción espiritual, que garantizaba la misión. Con los apóstoles, Pablo y Bernabé carecen de todo título salvo de su obra: «hombres que han arriesgado sus vidas por nombre de nuestro Señor Jesucristo». Estos son los que el Espíritu Santo ha querido que sean. Los apóstoles son los doce.

La libertad y el poder del Espíritu distinguen a Pablo. Él es lo que el Espíritu Santo le hace ser. Si Jesús se le había manifestado, y Ananías podía garantizarlo, debía demostrarlo realmente por el poder de su ministerio. Los resultados del mismo se relatan, al igual que su carácter, en los capítulos 16 al 20. La acción y la libertad del Espíritu se manifiestan aquí de manera sorprendente.

Quizás no encontremos un ejemplo más destacable que el de Pablo respecto a Timoteo. Utiliza la circuncisión con plena libertad para poner de lado cualquier prejuicio judío. Cabe dudar si, conforme a la ley, Timoteo debería haberse circuncidado. Esdras y Nehemías nos muestran a las mujeres extranjeras que fueron expulsadas, pero aquí, siendo la madre judía, Pablo hace seguir al hijo de este matrimonio mixto la norma de los judíos de someterse al ritual. La libertad reconoce la legitimidad de la ley, aunque la primera está exenta de la segunda y declara simplemente, para tranquilidad de los gentiles, la ausencia de toda pretensión por parte de los cristianos de Judea de imponérsela. Pablo circuncida a Timoteo, pero no cede un segundo ante aquellos que habrían obligado a Tito a circuncidarse. El apóstol se volvería más judío por amor a los judíos, pero deberían renunciar a toda pretensión de imponer la ley a los demás. Los decretos acordados en Jerusalén permanecen en las iglesias como clara respuesta a los que deseaban someter a los gentiles a esta religión. Los decretos, como observamos, eran los de los apóstoles y los ancianos.

Es únicamente el Espíritu Santo quien guía al apóstol. Le prohíbe predicar en la provincia de Asia y no permite que se adentre en Bitinia. En una visión nocturna, son llamados a Macedonia. Aquí los encuentra el historiador. Es el Señor quien los llama para que vayan. Es importante comprender que mientras el evangelio es llevado con el ministerio de Pablo a toda la creación debajo del cielo, continúa habiendo un dictamen específico en cuanto adónde dirigirse.

El apóstol va primero a los judíos, aunque la cuestión tuviera que ver solo con unas cuantas mujeres que se reunían al lado del río, un lugar escogido porque por lo visto carecían de sinagoga. Una muchacha griega, que adoraba al Dios de Israel, se convierte por gracia. De esta manera, se abre la puerta y otros también creen (v 14). Satanás trata aquí de manipular la obra queriendo dar un testimonio de los ministros de la Palabra. La cuestión no era que un espíritu quisiera reconocer a Jesús (de otro modo no habría sido maligno ni hubiera poseído a la muchacha). Hablaba, empujado tal vez por la presencia del Espíritu, de los agentes para llevarse una parte de gloria, y del Dios altísimo, como sucedía otras veces en que distintos espíritus se vieron en presencia de Jesús y de su poder.

El testimonio satánico no podía ir tan lejos como para llamar Señor a Jesús, y si Pablo no se hubiera mantenido fiel habría mezclado la obra del enemigo con la del Señor. No era su testimonio lo que el apóstol buscaba, ni el que un espíritu maligno pudiera dar, independientemente de las formas. La prueba que el espíritu malo tenía que ofrecer de que el poder de Dios estaba actuando, era sometiéndose a él y dejando que fuera expulsado. No podía servir de estímulo a la obra de Dios. Vemos en este suceso un acto desinteresado del apóstol, su discernimiento espiritual, el poder divino en él y la fe que no se apoya en otra cosa que en Dios. Hubiera valido la pena recibir un testimonio por su ministerio, pues los razonamientos de la carne habrían podido alegar «yo no lo busqué», evitando así la persecución. Sin embargo, Dios no mantiene un testimonio distinto del que ofrece de sí mismo. Ningún otro puede ser más divino, pues él se revela donde no le conocen y la fe espera en él para poder darlo. Pablo continuó sin preocuparse de la malvada tentativa del enemigo, quizás ayudado en visión para evitar el conflicto donde no se esperaba ningún fruto para el Señor, hasta verse forzado a dedicarle tiempo al adversario, dada su persistencia. El Espíritu de Dios no tolera la presencia de un espíritu malo cuando quiere manifestarse ante él. No se presta a sus ardides ni le concede importancia, interponiéndose de forma voluntaria. Dios cuenta con su propia obra y no la descuida para ocuparse del adversario. Solo se ocupa de las almas, y si Satanás traza su camino

de forma que quiere dejarlas en un estado de confusión, el Espíritu se revela enérgicamente ahuyentando al enemigo de Su presencia.

Satán no carece de recursos. El poder que no puede ejercer de manera directa lo emplea para despertar las pasiones y la codicia de los hombres que se oponen al poder contra el cual él no puede resistirse, ni al que jamás podrá unirse ni aceptar. Así como los gadarenos desearon que Jesús se apartara de ellos cuando los había curado de Legión, los filipenses se amotinaron formando gran revuelo contra Pablo y sus compañeros, instigando a los hombres que habían dejado de obtener sus ganancias deshonestas. Dios se vale de todo ello para dirigir el progreso de la obra y darle la forma que desea. Allí estará el carcelero que habrá que convertir, y los magistrados que confesarán su error con respecto a los mensajeros divinos. La asamblea es llamada fuera, un rebaño lleno de amor y afecto, como lo confirma la epístola dirigida a los de Filipos. El apóstol continuará la obra en otro lugar. Aquí tenemos un testimonio más activo y enérgico que el ofrecido a Pedro. La intervención divina es más sorprendente en su caso. Tiene que ver con la antigua Jerusalén, vacía de todo excepto del odio, y con el Dios que muestra su fidelidad a quien confía en él. Fracasa el odio y Pablo y Silas cantan en la celda en vez de dejarse vencer por el plácido sueño. Las puertas giran impetuosamente sobre sus goznes y el carcelero se convierte junto con su familia. A resultas del revuelo ocasionado, los magistrados acuden implorando a Pablo. El enemigo queda confundido. Si había conseguido detener la obra en Filipos, ahora enviaba a los apóstoles a predicar a otra parte y de acuerdo con la voluntad divina.

Capítulo 17

No debemos relegar al silencio esta energía que alcanzó casas enteras y rindió a sus ocupantes a la fe cristiana. Somos testigos de ella cuando se trata de introducir a los gentiles en esta fe. Cornelio y Lidia, el carcelero de Filipos... todos ellos son testigos de este poder²¹.

En el caso del carcelero, fue el poder que ejerció el enemigo sobre las pasiones de los gentiles lo que provocó la persecución de los apóstoles. En Tesalónica nos encontramos de nuevo con la enemistad hebrea de antaño y universal. A pesar de ello, muchos judíos y prosélitos reciben el evangelio. Después de otro revuelo, los apóstoles se van a Berea, donde los judíos, de carácter más noble, examinaban en la palabra de Dios lo que oían predicar. Una mayoría creyó por la predicación. Los judíos tesalonicenses, celosos del progreso del evangelio, se dirigen a Berea. Pablo abandona la ciudad y se encamina a Atenas. Silas y Timoteo permanecieron de momento en Berea, dado que Pablo era el objeto de persecución de los judíos. Aunque frecuentaba la sinagoga en Atenas, su espíritu se enardecía al contemplar la idolatría de esta ciudad ociosa, donde disputaba cada día con sus filósofos. Como resultado de estos encuentros, proclamaba el Dios verdadero a los gobernantes de la capital intelectual. Había mandado llamar a Silas y Timoteo para que se encontraran con él.

Con un pueblo como los atenienses —tal es el efecto de un cultivo intelectual sin Dios—, Pablo tuvo que descender a lo más esencial de la escala de la verdad. Testificó de la unidad de Dios, el Creador, y de la relación del hombre con él, declarando que Jesús juzgaría el mundo, dadas las pruebas que había ofrecido Dios resucitándole de los muertos. Con la salvedad del juicio de este mundo, presentado en vez de las promesas sobre el regreso de Jesús, podríamos pensar que era Pedro quien hablaba. No hemos de imaginar que el historiador relata todo lo que Pablo decía. Lo que narra es su defensa, no su predicación. El Espíritu Santo presenta la forma tan característica del apóstol de satisfacer la curiosidad de sus arengados. Lo que quedó grabado en las cabezas de sus primeros oyentes fue que predicaba a Jesús y la resurrección. Parece ser que algunos tomaron la resurrección y a Jesús por un dios, la base, al fin y al cabo, del cristianismo, fundamentado en su Persona y en el hecho de que resucitó, pero solo la base.

²¹ Vemos, sin embargo, en el caso de Lidia y Sarón, algo más similar a la introducción de un pueblo. Ellos habían oído del milagro obrado con Eneas, y la ciudad y toda su comunidad se volvieron al Señor. Sarón era un distrito costero.

Dije que esta circunstancia nos recuerda aquí a la predicación de Pedro, en lo que al nivel de la doctrina de Cristo se refiere. Veremos, al mismo tiempo, la conveniencia de aplicar los hechos, en ambos casos, a las personas a quienes va dirigida. Pedro presentaba al Cristo rechazado y ascendido al cielo, preparado para volver en base del arrepentimiento de los judíos y establecer en su venida todas las cosas que habían hablado los profetas. En esta escena se presenta el juicio del mundo —la adaptación de la verdad a la conciencia natural— a los sabios y al pueblo ávido de saber, sin nada más que pudiera interesar a sus mentes racionales que un sencillo y convincente testimonio dirigido a su necia idolatría, de conformidad con lo que la conciencia natural de sus poetas podía admitir.

Capítulos 18-19

La ganancia deshonesta, a la cual Satanás daba pie, se topó con el evangelio en Filipos; en Atenas, con la dureza y la indiferencia moral causada por la vanidad adulatoria del hombre, y en Tesalónica, con las manifestaciones del celo judío. El evangelio seguía su camino victorioso sobre todo lo descrito, y después de predicar desde la raíz a los sabios atenienses lo que su condición quería admitir, el apóstol los deja y encuentra en medio del lujo y las maneras depravadas de la rica capital de Corinto un grupo de gente que introducir en la asamblea. Tales son los caminos de Dios y los ejercicios de su devoto siervo guiado por el Espíritu Santo.

Vemos que esta energía en busca de los gentiles nunca pierde de vista el favor divino por su pueblo escogido, un favor que los buscó hasta que ellos lo rechazaron.

En Tesalónica, Pablo recibió dos veces auxilio económico desde Filipos. En Corinto, donde el dinero y el comercio abundaban, no lo toma, sino que trabaja tranquilamente con dos paisanos compañeros del mismo oficio. Nuevamente comienza con los judíos, que se oponen a su doctrina y blasfeman de ella. El apóstol sigue su curso con el aplomo y decisión de un hombre verdaderamente guiado por Dios, y con la entereza y resolución de no desviarse de sus propósitos. Sacudiéndose las vestiduras como señal de exculpación de su sangre, les declara que se vuelve a los gentiles, tomando la profecía de Isaías 49 como mandamiento divino.

Dios tenía mucho pueblo en Corinto. Se valía de la incrédula indolencia de Galión para abocar al fracaso los proyectos y la malicia de los judíos, celosos como siempre de una religión que empañaba su protagonismo y sin parecer importarles la gracia que se les ofrecía. Después de trabajar por largo tiempo allí, Pablo se marcha en paz. Sus amigos, Priscila y Aquila, le acompañaron. Viajó a Jerusalén bajo voto. La oposición de los judíos no le quita su compromiso con la nación —su fidelidad en predicar el evangelio a ellos primero—, al tiempo que reconocía ante Dios todo lo que era suyo por gracia. Incluso se sometía a las ordenanzas hebreas. Es posible que las costumbres ejercieran sobre él influencias que no eran del Espíritu, pero nunca pensó en rechazar lo que la paciente gracia divina había dado al pueblo en el pasado. Hablando a los judíos en Éfeso, que se avinieron a escucharle, deseaba guardar la celebración en Jerusalén. Aquí Pablo actúa como un judío, guardando las fiestas y los votos. El Espíritu presenta, efectivamente, estas circunstancias para darnos un cuadro completo y veraz de la relación existente entre los dos sistemas: librarse de la influencia del uno y de la energía establecida por el otro. El primero suele mantenerse dentro de un nivel aceptable, mientras que la energía creadora del segundo se mueve en un nivel mucho más exigente. La libertad para condescender con los prejuicios y costumbres no es lo mismo que acabar sujetándonos a ellos. En nuestra debilidad se entremezclan los dos, pero de hecho se oponen entre sí. Respetar lo que Dios respeta, aunque haya perdido su fuerza y valor, es muy distinto de ir a someternos al yugo de la superstición y la debilidad cuando somos llamados a actuar con un sistema que no es más que superchería y está lleno de fisuras. Lo primero es resultado del Espíritu; lo segundo, de la carne. ¡Ay!, lo uno y lo otro se confunden a menudo en nosotros. La caridad se convierte en debilidad y esto es lo que da inseguridad al testimonio.

Pablo reanuda su viaje. Sube a Jerusalén y saluda a la asamblea; luego desciende a Antioquía y visita nuevamente las primeras asambleas que había formado, dejando así toda su obra atada. La intensidad con que las viejas costumbres habrían influenciado las formas de actuar del apóstol, lo dejo a la consideración de los lectores, pues era judío. El Espíritu Santo quiere que veamos lo lejos que estaba de menospreciar al antiguo pueblo de Dios, para el cual no cambiará nunca el favor divino. Este sentimiento es completamente apropiado. En otras partes parece querer traspasar los límites de la espiritualidad, pero aquí solamente tenemos los hechos. Podría haber tenido un motivo especial y razonable, como consecuencia de la posición que ocupaba, pero podemos hallarnos en situaciones que contradigan la libertad del Espíritu y ver, a nuestro pesar, que ganan cierto derecho sobre nosotros, o que ejercen una influencia que es forzoso que debilite la energía de esta libertad. Podremos equivocarnos metiéndonos en situaciones así, y una vez que nos encontramos en ellas notamos que empiezan a reclamar sus derechos. Un hombre llamado a servir a Dios, y conducido fuera de su parentela, caminará en la libertad del Espíritu, pero si decide volver al cabo de un tiempo, sin que se haya producido antes un cambio en su padre, revivirán los derechos paternales. ¿Dónde queda entonces su libertad? Tal vez alguien posea una brillante inteligencia espiritual y al juntarse con amigos menos espirituales le es casi imposible reprimir un juicio. Haya existido o no el vínculo, queda formado de manera voluntaria por parte del que permanece en una posición de libertad y de gracia, y los cristianos en Jerusalén, que se mantienen en el nivel de sus viejos prejuicios, piden paciencia y tolerancia al que era depositario y testigo de la libertad del Espíritu de Dios.

Con el añadido de su obra en Éfeso, esto es lo que da forma en el evangelio al círculo de las actividades del apóstol, para que podamos ver en él los caminos del Espíritu para con los hombres.

Del versículo 24 del capítulo 18, al versículo 7 del capítulo 19, tenemos una especie de resumen del avance de la doctrina de Cristo y del poder que la acompañaba. Apolos solo había oído acerca de las enseñanzas de Juan, pero como era recto de corazón confesaba y predicaba públicamente lo que él conocía. Era la fe de un alma regenerada. Aquila y Priscila le ofrecieron más luz con respecto a los hechos del evangelio y la doctrina de un Cristo muerto y glorificado. Entre los judíos de Corinto, Apolos se transforma en un elocuente maestro del evangelio y del Señor, confirmando de esta manera la fe de los discípulos. La energía del Espíritu Santo se manifiesta en él sin que sea necesaria la intervención del apóstol o de los doce. Actuó independientemente, es decir, el Espíritu actuó en él de forma autónoma, pues la gente decía «yo soy de Apolos». Es interesante ver estas distintas manifestaciones del poder y la libertad espiritual y recordar que el Señor está por encima de ellas, que si actúa con grandeza y por mediación de un Pablo lo hace también con los que él quiere.

Por otra parte, nos encontramos con el progreso de la revelación divina asociado al poder apostólico de Pablo, hecho muy destacado por su capacidad de comunicar el Espíritu Santo. Doce personas habían creído sin más enseñanza que la recibida de Juan: el bautismo. Permanecían a la expectativa de un Cristo que había de venir y de un Espíritu que informaría a todos de su llegada. Ahora bien, el bautismo de Juan requería un arrepentimiento que, pese a no poder encontrarse fuera de la jurisdicción judía, abría puertas algo distintas como resultado de la venida del Hijo y de su soberanía. Para el hombre se trataba de un bautismo de arrepentimiento, no tenía nada que ver con la muerte y resurrección de Cristo. La gracia actuó en un remanente del que él era un compañero terrenal. El cristianismo —pues se había manifestado plenamente el pecado del hombre— se fundamenta en la muerte y la resurrección con que el Hijo divino, en primer lugar, llevó a cabo la redención, y en segundo lugar puso el fundamento de nuestra muerte y resucitación con él, dándonos un sitio a su lado y en la presencia de Dios. Esto nos habla de una vida sin pecados, de la vida de Su vida, y somos lavados de todos ellos en su sangre. Pero en realidad, el bautismo de Juan solo enseñaba el arrepentimiento a fin de recibir a Cristo; el cristianismo, la eficacia de su muerte y resurrección, por las que el Espíritu Santo, el Paracleto venido del cielo, debía ser recibido.

Estos doce hombres, aunque Juan hubiera anunciado que el bautismo del Espíritu Santo debería ser el resultado de la intervención de Cristo, ignoraban si había habido un Espíritu²², prueba evidente de que no habían entrado en la casa donde Dios habitaba. Pablo les explica todo esto y son bautizados en el nombre de Jesús. En su prerrogativa de apóstol, impone las manos sobre ellos y reciben el Espíritu. Después hablan en lenguas y profetizan.

Este poder, así como el que era su instrumento, habían de tener a partir de ahora una proyección distinta de la que habían tenido. La capital de Asia, de la provincia romana así llamada, constituye el escenario donde iba a efectuarse. Vamos a ver cómo se exhibe en esta localidad un poder que actúa con independencia de las tradiciones y gobierna todo lo que lo rodea, sin reparar en el hombre, la conciencia o el enemigo, organizando las instituciones y cuerpos de la forma que más le conviene y dominando toda su esfera. El poder activo de la gracia se ha manifestado en la obra de Pablo, empezando por Antioquía, y antes se había revelado de otras maneras. Tenemos aquí detalles de cómo se estableció, de manera oficial, como un gran centro.

Durante tres meses de paciencia, predica a Cristo en la sinagoga y razona con los judíos, consciente de su fortaleza divina y de la verdad que transmitía. Muestra preferencia por aquellos que habían sido el instrumento y pueblo de Dios en el ámbito del testimonio: a los judíos primero. Ya no se dice que la salvación proviene de los judíos, sino que es predicada a ellos primero.

Tras desarrollarse esta obra en medio de muchos adversarios, Pablo actúa de parte de Dios fundando aquello que era según la mente divina. Separa a los discípulos y sermonea sobre el cristianismo en la escuela de un griego de clase distinguida. Esto lo hizo por espacio de dos años, para que la doctrina pudiera difundirse en el país entre judíos y griegos. Dios no dejó de dar testimonio a la Palabra de su gracia, y su poder se manifestó extraordinariamente en la persona del apóstol, quien daba este testimonio. Las manifestaciones del poder enemigo desaparecen ante la acción de la fuerza liberadora del Señor, por lo que su nombre es glorificado. La realidad de esta acción se demostraba de manera asombrosa en que la misión real, positiva y personal del Señor, por un lado, y la misión y fe de Pablo por otro, eran los instrumentos que efectuaban el poder sobrenatural. Ciertos judíos querían aprovecharse de él por mero interés, y ajenos a la fe utilizan el nombre del Jesús «a quien Pablo predicaba», como si fueran unos encandilados. Pero el espíritu malo, cuyo poder era tan cierto y real como el del Señor, obligado a reconocer cuándo era ejercida la fuerza divina, sabía muy bien que en aquel momento no era así, porque no había ninguna fe ni poder de Dios que encajar: «a Jesús conozco —dijo— y sé quién es Pablo, pero vosotros, ¿quiénes sois?». El hombre poseído por este demonio los atacó y los dejó heridos. Un apabullante testimonio de la acción del adversario y de la superioridad de la intervención divina, efectuada al mismo tiempo por mano de Pablo. Cuando Dios se manifiesta, la conciencia también lo hace, y el poder enemigo sobre ella cesa al ser descubierto. Los judíos y griegos se llenan de espanto, muchos de los cuales, al convertirse, echaron a las llamas las pruebas de sus sortilegios.

La acción poderosa del Espíritu se exhibió con esa iniciativa y la inmediata puesta en práctica de las decisiones y resoluciones tomadas en el corazón. La presencia y el poder divino arrojaron unos resultados lógicos.

Los recursos del enemigo no se habían agotado. La obra de Dios estaba terminada, en el sentido de que se había establecido un testimonio con la labor apostólica. Dios enviaba ahora a su siervo a otros lugares. Como de costumbre, el enemigo enciende las pasiones de una multitud contra la maquinaria del testimonio. Pablo había intentado marcharse, pero lo hizo poco después. Había hecho llamar a Timoteo y Erasto para que se le adelantaran con el propósito de

²² Literalmente, ignoraban que el Espíritu Santo existiera. La expresión, igual a la que encontramos en Juan 7, es un testimonio sorprendente acerca de la función e importancia de la presencia espiritual en la tierra. Es llamado el Espíritu Santo, aunque todos sabemos que siempre ha sido santo. Pero lo que conocemos de él, como presencia en el mundo, es algo que antes nunca había sucedido.

visitar Macedonia, Acaya y Jerusalén, y Roma mientras él permanecía en Asia. Después de la partida de estos dos hermanos, Demetrio agita los ánimos del pueblo contra los cristianos. Con arraigada aversión al evangelio, que socavaba el sistema creador de una fortuna ligada a la fama de su oficio (fabricaba figuras de plata del altar de Diana), sabía cómo jugar con las pasiones de compañeros artífices. Su empleo estaba relacionado con lo que el mundo admiraba y que cautivaba las mentes de los hombres —toda una comodidad para quien necesitaba sentirse seguro—, así como con lo que antaño había levantado ampollas en sus costumbres religiosas. Gran parte de la influencia ejercida no venía del lema «grande es Diana», sino de «grande es Diana de los efesios». En una palabra, se trataba del poder del adversario, que actuaba entre los gentiles. Al parecer, los judíos intentaban beneficiarse de todo ello presentando como candidato a un tal Alejandro, el mismo que posiblemente estuvo delante de Pablo, y al que suponían que el pueblo escucharía. Pero era el espíritu malo de la idolatría lo que los inquietaba, y los judíos se hallaban envueltos en tales ilusiones. Pablo fue advertido por los hermanos y unos asiarcas²³ de que no se dirigiera al teatro. La asamblea fue disuelta por las autoridades de la ciudad, y tras verse con los discípulos, el apóstol se marchó en paz²⁴.

Su obra allí había terminado. El evangelio fue plantado en la capital de la provincia de Asia como en todo alrededor. Grecia y Macedonia ya habían recibido el evangelio.

Todavía quedaba Roma. ¿Cómo viajaría hasta allí? Esta es la pregunta que aún queda por resolver. Su activa vida transcurrida con libertad concluyó con los acontecimientos que ahora nos ocupan, hasta donde el Espíritu Santo se digna contarnos. Una vida bendecida con una fe incomparable y una energía que superaba todo lo que se había visto en los hombres, que mediante el poder divino produjo resultados pese a los obstáculos en apariencia infranqueables, frente a toda clase de contrariedades, del desprecio y del menoscabo, todo lo cual contribuyó a estampar su carácter en la asamblea a la que él dio, como instrumento, la existencia. Y no solo en la confrontación de dos religiones hostiles que dividían el mundo civilizado, sino contando también con que, un sistema religioso poseedor de la verdad, tenía el interés de mantenerla inviolable dentro de los límites de la tradición, dando lugar a la carne. Este sistema tenía como pretexto la prioridad religiosa, y era consentido por las costumbres de aquellos apóstoles que fueron llamados por el Señor.

La asamblea, como Pablo supuso, regresó a sus costumbres del judaísmo tan pronto como se hizo sentir la ausencia del apóstol. Es preciso el poder del Espíritu Santo para elevarse sobre la religiosidad de la carne. La piedad no necesariamente lo consigue, y el poder no es nunca tradicional, sino él mismo, independiente de los hombres y sus tradiciones, aunque tenga que soportarlos con amor. La carne vuelve, por tanto, al camino de las tradiciones humanas y sus formas porque nunca encuentra el poder en las cosas divinas, si bien reconoce la obligación que tiene de encontrarlo. Así, nunca se elevará hasta el cielo si no es capaz de comprender la gracia, pero sabrá ver lo que el hombre debería significar para Dios —aunque no quiera darse cuenta de las consecuencias al saberlo—, no al revés. Tal vez la carne, tras una obra del Espíritu, prefiera recordar lo sucedido como algo ortodoxo, pero el alma nunca lo entenderá. Esto era lo que

²³ Magistrados honorarios entre los notables que presidían las celebraciones religiosas.

²⁴ Quizás pueda interesar al lector, y le ayude a entender esta parte de la historia del Nuevo testamento, si hago constar los momentos en que el apóstol escribió algunas de sus epístolas. Escribió la primera a los Corintios desde Éfeso, que la hizo enviar por medio de Tito. A Timoteo le hizo viajar por Macedonia, siendo tal vez que pudiera continuar hasta Grecia: «Si él viene...», dice a los corintios respecto a este. Entonces sucedió la revuelta, y en ese preciso instante su vida empezó a correr peligro, no esperando siquiera salvarse. Se propuso dirigirse a Macedonia entrando por Grecia y después irse allí directamente, pero la condición en que se hallaba Corinto le detuvo en su cometido, obligándole a ir a Macedonia. Estando de camino se dirige a Troas, pero no se queda allí. En medio de sus ejercicios, no conseguía descanso para la mente al no llegarle noticias de Tito. Cuando se encontraron, este le alivió de sus preocupaciones con las nuevas de la vuelta de los corintios a una mente sana. Con motivo de este suceso, Pablo les escribe la segunda epístola, y después de visitar las asambleas prosigue su viaje a Corinto, donde redacta la epístola a los romanos. Aquí hablo solo de lo que tiene que ver con esta parte de la historia del apóstol y que arroja un poco de luz sobre sus actividades.

encogía el corazón del bendito apóstol y le causaba tanta preocupación, más que la violencia de los paganos o la hostilidad de los judíos. Sin embargo, contaba con un carácter y una posición más semejantes a Cristo que cualquier otra persona en la tierra.

Estos conflictos se expondrán en las epístolas, así como el corazón ardiente que, al condensar en su seno los consejos revelados de Dios y asignar a cada parte el lugar que les corresponde, abarca en sus afectos la obra y la asamblea, pudiendo concentrar toda su energía en un único punto: el afecto por un pobre esclavo que la gracia le había dado en sus cadenas. Como receptáculo del Espíritu, Pablo brilla con luz celestial a través de toda la obra evangélica. Es condescendiente en Jerusalén, enérgico en Galacia, y cuando las almas estaban siendo conducidas a la perversión, obliga a los apóstoles a decidirse por la libertad de los gentiles, usando la propia para comportarse como un judío para los judíos, y privándose de su ley — aunque nunca sujeto a las ordenanzas, sino a Cristo— para aquellos que no tenían esta libertad. Qué difícil, no obstante, mantener un nivel de vida y una revelación espiritual en medio de tendencias tan contrarias. Él también estaba libre de ofensas. Nada en su interior le impedía la comunión con Dios, pues extraía de ella la fuerza para mantenerse fiel entre los hombres. Nadie más que él podía decir «sed imitadores de mí, como yo de Cristo», de forma que añadió: «todo lo soporto por amor a los escogidos, para que también ellos obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna». Palabras que tampoco serían inapropiadas de labios del Señor, aunque eso sí, en un sentido más exaltado, porque soportó por Pablo la ira que hubiera sido la condenación eterna del apóstol; palabras que, al fin y al cabo, exponen la extraordinaria posición de este varón de Dios como vaso que el Espíritu Santo utilizaba. «Suplo —decía— aquello que os falta²⁵ de los sufrimientos del Cristo por causa de su cuerpo, el cual es la asamblea, de la que yo soy hecho ministro para completar la palabra de Dios».

Mediante el conocimiento profundo de la Persona de Cristo, nacido en la tierra como Hijo de Dios, el apóstol Juan supo mantener esta verdad particular y absolutamente vital en el mismo terreno en el que Pablo hacía la obra. Tocó a Pablo ser el instrumento activo que propagase la verdad que salvaba el alma y llevaba al hombre arruinado a una relación con Dios por medio de la fe, comunicándole todos los consejos divinos de la gracia.

Pablo era un hombre bienaventurado como ningún otro. El poder intrínseco del judaísmo relacionado con la carne es asombroso. En cuanto al resultado, si el hombre toma su lugar por debajo de la gracia o de Dios, sería mejor, en cierto sentido, que se le considerase bajo la ley que sin ella. Podrá ser lo uno o lo otro, pero al apropiarse de la idea exclusiva del deber se olvida de la esencia de Dios (Él es amor), y con demasiada frecuencia se olvida también de sí mismo, puesto que tiene pecado. Si asocia la idea del deber y el pecado no hace más que continuar en servidumbre, y esto es lo que acaba siendo generalmente el cristianismo, con añadidura de ordenanzas que apaciguan la conciencia culpable, de formas creadoras de piedad, carentes de comunión pero con el disfraz de un nombre cristiano y de la supuesta autoridad de la iglesia, cuya existencia debería estar identificada con el principio de la gracia soberana y de la sujeción (cf Ef 5:24).

Pero volvamos a la historia de Pablo.

Capítulo 20

Pasada la barahúnda, llama a sus discípulos, se despide de ellos y parte rumbo a Macedonia para visitar el país y luego Grecia. El principio de la segunda epístola a los corintios nos ofrece los detalles de esta parte de la historia. Pablo permanece en Grecia tres meses, y cuando los

²⁵ El lector tiene que saber distinguir los sufrimientos del Señor, de parte de la justicia de Dios, a causa del pecado, de aquellos que tuvo que soportar de parte de hombres pecadores en nombre de la justicia. Nosotros somos partícipes de los últimos, en que no se cuestiona esta participación, sino la sustitución que él hizo por nosotros cuando merecíamos la condenación.

judíos andan al acecho del apóstol, cruza por Macedonia en vez de navegar directamente a Siria. En Troas, donde se le había abierto una puerta en su destino hacia Grecia, pasa el domingo y casi toda la semana con los hermanos, no reteniéndole ya el afecto que sentía por los corintios. Démonos cuenta del propósito habitual de su asamblea: se juntaban para partir el pan; así como del momento en que acostumbraban tener esa reunión: el primer día de la semana. Pablo se vale de esta ocasión extraordinaria para hablarles toda la noche, pero la presencia y las exhortaciones del apóstol fracasaron en el intento de mantenerlos despiertos. Había muchas lámparas que iluminaban el aposento, pero no era en absoluto una asamblea mantenida en secreto o que se reuniera a últimas horas del día, y a juzgar por el lugar en que se celebraban las reuniones, no la componían muchas personas. El aposento alto en Jerusalén tenía cabida, quizás, para ciento veinte. Parece que por las distintas formas de saludo se juntaban en casas privadas, y probablemente hicieran diversas reuniones si así lo requería el número de creyentes, pero solo había una asamblea.

Eutico pagó el precio de su distracción. Dios dio testimonio de Su bondad y del poder con que había investido al apóstol resucitando al muchacho del estado de muerte. Pablo dijo que el alma del joven se hallaba todavía en él, y solo tuvo que renovar su unión con el organismo físico. El alma había sido traída de vuelta en casos similares.

Pablo escogió ir solo de Troas a Asón. A lo largo de toda esta historia vemos la forma en que dispuso, mediante el poder que el Espíritu le daba, de los servicios voluntarios de sus compañeros; no porque fuera su maestro, sino porque podía acceder a los mismos de un modo más incuestionable que de lo contrario. Forma, bajo el mando de Cristo, el sistema central en que se desenvuelve la obra, su núcleo de energía. Solo él puede tener el derecho de ser el centro de la salvación y de la fe. En tanto que estaba lleno del Espíritu, Pablo centralizaba esta energía, la que sirvió, como hemos visto, para no deshonrar a Dios y desarrollar una conciencia limpia cuando se presentase ante él y los hombres.

No se detiene en Éfeso porque tuviera que hacerlo en un lugar importante como aquel. Es necesario saber prescindir de aquello que nos exija ciertas obligaciones morales, cuando no queremos o no deberíamos ser retenidos por la imposición de sus demandas.

Tampoco obedecía a la falta de afecto hacia los amados efesios, ni a pensamiento alguno de abandonarlos, que el apóstol se negara a quedarse con ellos. Llamó a los ancianos y les dio un discurso que analizaremos para ver la posición que mantenía la asamblea en aquel momento y la obra del evangelio entre las naciones.

Las asambleas se iban consolidando por una vasta extensión del país, adquiriendo en diversos lugares la forma de institución oficial. Se establecía a ancianos y se los reconocía. El apóstol podía llamarlos para que acudieran a él y ellos también reconocían su autoridad. Habla de su ministerio como una cosa del pasado —pensamiento solemne—, pero los lleva a testificar, no solo de la verdad que les había predicado, sino de la que hablaba a sus conciencias, presentándosela delante de Dios por un lado, y por otro ante Aquel en quien se les dio a conocer y les comunicaba toda la plenitud de su gracia: Jesús, el objeto de su fe y salvación. El apóstol había logrado esto a través de problemas y sufrimientos, enfrentándose a la oposición sin escrúpulos de los judíos, que habían rechazado al Ungido, y conforme a la gracia que trascendía todo ese mal y les declaraba la salvación.

Atravesando estos límites, la salvación se dirigía a los gentiles, a todos los hombres pecadores y responsables ante Dios. Pablo no hacía esto con el orgullo de maestro, sino con humildad y un amor perseverante. Deseó terminar su ministerio y verse libre de errores en lo que Jesús le había encomendado. Ahora se dirigía a Jerusalén con un espíritu confiado y sin saber lo que sería de él, pero fue avisado por el Espíritu Santo de que le aguardaban cadenas y tribulaciones. Respecto a los judíos, sabía que su ministerio con ellos había terminado y que no verían más su rostro. A partir de ese momento, la responsabilidad sería la única guía.

Lo que el Espíritu nos pone delante es su obra, relatada en un conjunto, de plantar el evangelio entre los gentiles y los judíos, momento en que el apóstol Pablo la deja atrás para despedirse de quienes él había conseguido que se congregaran en una nueva posición, y en

cierto sentido, a sí mismos²⁶. Es un discurso que marca una etapa final de la asamblea, de las labores apostólicas y el inicio de otra nueva, de la responsabilidad de perseverar una vez que dichas labores hayan terminado y de continuar el servicio de los ancianos, a los que el Espíritu Santo había hecho obispos y en quienes relegaba esta responsabilidad, al tiempo que los peligros y los problemas presenciarían el cese de la labor apostólica y complicarían la obra de estos ancianos.

La primera observación que resulta de la consideración del discurso es que la sucesión apostólica no existe aquí. Debido a la ausencia del apóstol, surgirían los problemas y no habría nadie para solucionarlos, porque no había quien lo sucediera. En segundo lugar, está el hecho de que sin esta energía que una vez frenó el espíritu del mal, lobos voraces de fuera y maestros perversos de dentro alzarían la cabeza para atacar la simplicidad y felicidad de la asamblea, que se vería amenazada por las luchas satánicas si no había ningún poder apostólico que las resistiera.

En lo que respecta al sistema eclesiástico, el testimonio de Pablo es de lo más importante. El cuidado de los ancianos que reciben el encargo de este oficio se desvía hacia otros asuntos y el deber apostólico es olvidado (como si hubieran desaparecido los recursos de guardar a la asamblea del mal, o no hubiera nada para sustituirlos de forma oficial). Les tocaba a ellos cuidar de la asamblea en situaciones así. En siguiente lugar, lo que había que hacer para impedir la entrada al mal, principalmente, era apacentar el rebaño y velar por él, que ellos mismos se dieran cuenta de lo importante que era desempeñar un buen cuidado y atención. Les recuerda cómo les había exhortado con lágrimas día y noche, más les valía pues velar. Luego los confía, no a Timoteo ni a ningún obispo, sino a Dios y a la palabra de su gracia, que podía edificarlos y preservarlos para la herencia. De este modo deja a un lado todo tipo de recursos oficiales. Esto fue lo que pasó cuando dejó la asamblea; lo que el apóstol hizo después no es mi intención discutirlo aquí. Si Juan llegó a proseguir entonces la obra en estos lugares, debió de tratarse de un gran favor divino, pero oficialmente no cambiaba nada la posición. Sus labores —con excepción de las advertencias a las siete iglesias en el Apocalipsis, donde trata la cuestión del juicio— tuvieron que ver, en todo caso, con la vida individual de asamblea, su carácter y lo que la sostenía.

Con profundo y conmovedor afecto, Pablo se marcha de la asamblea en Éfeso. ¿Quién iba a llenar el vacío a partir de ahora? Apeló a sus conciencias para que mantuvieran la rectitud de su camino. Los trabajos voluntarios del apóstol de los gentiles habían terminado. Solemne y conmovedor pensamiento. Había sido el instrumento escogido por Dios para comunicar al mundo sus consejos tocantes a la asamblea y establecerla en el centro como preciado objeto de sus afectos, unida al Cristo a la diestra divina.

¿Qué sería de ella?

Capítulo 21

Después de este tiempo, el apóstol tiene que dar lo mejor de sí cumpliendo de manera asombrosa las predicciones del Señor. Llevado ante los tribunales por la maldad de los judíos, y entregado en manos de los gentiles a raíz del odio que le tienen, todo se transforma en un testimonio. Los reyes y gobernantes oirán el evangelio, pero el amor de la mayoría se enfriará. Esta es la ocupación que llevará a cabo el apóstol; pero había detalles en ella que eran más personales.

Podemos destacar aquí una característica principal poco observada en este libro, esto es, la evolución de la enemistad de los judíos que motivó el rechazo final del evangelio. Los Hechos finaliza con la presentación del último suceso: la obra entre el pueblo es olvidada y la labor de Pablo abarca toda la escena en la narrativa histórica ofrecida por el Espíritu. El antagonismo de

²⁶ Si Pablo fue alguna vez liberado y restaurado para predicar en otras partes (no necesariamente Éfeso), como Filipenses, Filemón, y tal vez 2Timoteo nos hacen suponer, no tenemos ningún ejemplo en la Escritura que nos lo indique.

los judíos a la manifestación de la asamblea, que los sustituía y borraba la distinción entre ellos y los gentiles con la introducción del cielo y la gracia, era algo que contrastaba con la ley, la cual, universal en su propósito, se había dado a un pueblo único —una gracia que el pecador podía aprovechar por la fe—; este antagonismo, decía, presentado en cada fase de la carrera del apóstol (aunque actuara con honorabilidad), surge con toda intensidad en Jerusalén, su centro natural, expresándose con violencia e intentando unir a los gentiles con la intención de borrar a Pablo de la faz de la tierra. Esto hacía que la posición del apóstol fuera de lo más delicada en una ciudad celosa en materia de religión. Jerusalén había perdido su identidad religiosa durante el yugo romano, al volverse un espíritu rebelde que arremetía contra la autoridad que redujo a la ciudad.

Tras la historia del cristianismo, considerada dentro de una relación con el judaísmo —y en referencia a las promesas y su cumplimiento en el Mesías—, nos encontramos a Pablo en tres posiciones distintas. En primer lugar, condesciende con motivo de la conciliación, teniendo en cuenta aquello que seguía existiendo en Jerusalén, y se dirige a los judíos dondequiera que hay sinagogas, como si tuvieran el poder administrativo y el derecho de ser los primeros en escuchar el evangelio (al judío primero y después al gentil). Jesús era el ministro de la circuncisión por la verdad de Dios, a fin de cumplir las promesas hechas a los padres. En este sentido, Pablo nunca fracasó, y establece estos principios de forma clara e irrefutable en su epístola a los romanos. Más adelante le hallamos, con toda la libertad que le concedía la verdad de la gracia y los propósitos divinos, haciendo la obra especial con la que podía condescender en gracia. Esto está registrado en la epístola a los efesios. En ambos casos actúa bajo la guía del Espíritu y cumpliendo la voluntad del Señor. Acto seguido, y en último lugar, le vemos sosteniendo un conflicto con el legalismo hostil del judaísmo, cuyos emisarios le hicieron constantemente frente en aquel foco al que fue a recalar poco más tarde cuando se dirigía a Jerusalén. Cuánto había de Dios, y cuánto de los pasos del apóstol en este camino, es algo digno de considerar en esta narración. Que la mano divina actuaba para el bienestar de la asamblea, conduciendo a su amado siervo para su propio bien, está fuera de toda duda. Solo tenemos que ver el pobre papel que jugaban la mente y la voluntad de Pablo como medios que Dios empleaba para producir el resultado que se proponía, ya fuera para la asamblea, los judíos o él mismo. Estos pensamientos son de un profundo interés, y exigen un humilde examen de lo que Dios ha puesto ante nosotros para instruirnos en este punto de la historia que el Espíritu nos presenta.

Lo primero que nos sorprende al principio es que el Espíritu Santo le dijo al apóstol que no fuera a Jerusalén (cp 21:4). Esta palabra tiene una importancia evidente. Pablo sentía que estaba destinado allí, pensaba que algo le empujaba a ir en esa dirección, pero el Espíritu, con un testimonio positivo y franco, se lo prohibió.

La intención del apóstol de los gentiles había sido visitar Roma. Enviado a predicar el evangelio a toda criatura, no había en este proyecto nada del yo que no fuera según la gracia (Ro 1:13-15). Sin embargo, Dios no se lo permitió y se vio obligado a escribir la epístola sin ver a los romanos. El cielo es la metrópolis del cristianismo. Roma y Jerusalén no tenían ningún lugar que ofrecer a Pablo, excepto que él llevara la primera en el corazón y quisiera evangelizar la segunda. Hechos 19:21, que traduce «en el espíritu», significa en realidad «en el espíritu de Pablo». Se había propuesto visitar esa ciudad después de haber estado en Jerusalén. Más adelante tuvo que aceptar las ofrendas de los santos en Acaya y Macedonia. Deseaba demostrar su afecto por los pobres de aquel pueblo (Gá 2:10). Todo eso estaba bien, mas desconozco si era un cometido a la altura de un apóstol. Evidentemente, se trataba de un sentimiento judío que rezumaba un peculiar interés por los pobres jerosolimitanos, y hasta por la misma ciudad. Un judío prefería ser pobre en Jerusalén a ser rico entre los gentiles. Sin duda, en ella se encontraban cristianos pobres desde el momento de su conversión, pero en eso consistía el sistema (cf Neh 11:2 y Hch 24:17). Todo estaba relacionado con el judaísmo (Ro 15:25-28). Pablo amaba la nación a la que pertenecía según la carne. Había sido el pueblo amado por Dios, y a pesar de estar temporalmente rechazada aún lo era; sin embargo, el remanente tenía que entrar en el reino a través del cristianismo. Este cariño de Pablo por ellos —que tenía su razón de ser y

su lado realmente afectivo, pero por otro carnal— le llevó al centro del judaísmo. Él era el mensajero de la gloria celestial que expuso la doctrina de la asamblea compuesta de judíos y gentiles, unidos sin diferencia al cuerpo de Cristo, y que borraba el judaísmo. Pero su amor por la nación le llevó, como digo, al centro mismo de su religión, hostil a esta igualdad espiritual. Se le había informado de que allí no recibirían el testimonio del Señor. No cabe duda de que la mano de Dios lo guiaba todo. En el plano individual, Pablo se sentía a sus anchas.

Como instrumento de la revelación divina, proclama con absoluta energía el propósito de la soberana gracia de Dios. El vino no es adulterado; brotaba tan puro como él lo había recibido. Anduvo de manera notable y a la altura de la revelación que se la había encomendado. Como persona, Pablo sigue siendo un hombre, tiene que ser ejercitado y responder a aquellos ejercicios a los que Dios nos ha sujetado. Allí donde la carne obtiene placer, en el ámbito en que queda satisfecha, tropieza con dificultades cuando Dios actúa. Con todo, si tuvo a bien someter a examen a su siervo y manifestarse a él, permaneció a su lado y le bendijo aun en la misma prueba, que retornó un testimonio revigorizante para el corazón de su amado y fiel servidor. La manifestación de todo ello en el apóstol no era conforme al Espíritu, ni estaba a la altura de su llamamiento, sino acorde al amor que lo bendijo a él y a la asamblea. ¡Bienaventurado el que puede andar en igual fidelidad y mantener su posición a raya en los senderos de la gracia! Cristo es el único modelo. No se me ocurre ningún otro que en su carrera y vida pública se haya asemejado más a él que Pablo. Cuanto más examinamos la andadura del apóstol, más conscientes somos de la semejanza que había entre ellos, de que solo Cristo era el modelo de perfección y obediencia. En su inestimable siervo había la carne, pero Pablo hubiera sido el primero en reconocer que la perfección es atribuible solamente a Cristo.

Creo, pues, que la mano de Dios acompañaba a Pablo en su viaje. Quiso que lo emprendiera y fuera bendecido a través del mismo, y el medio empleado para empezarlo, según la soberanía divina, fue el afecto humano que sentía por el pueblo de su parentela, aunque no era conducido a ellos por el Espíritu Santo, que actuaba en nombre de Cristo en la asamblea. Este cariño y afecto por su pueblo adquiriría entre ellos mucho sentido. Humanamente hablando, se trataba de un sentimiento afectuoso, no del poder del Espíritu, basado en la muerte y resurrección de Jesús. No podía haber ya judío ni gentil. Con Él vivo era así de sencillo. Cristo insistió en ello hasta morir finalmente; para este propósito vino. El afecto de Pablo en sí era bueno, pero como motor impulsor de la acción no estaba a la altura de una obra espiritual. Había sido enviado lejos de Jerusalén, a los gentiles, a fin de revelarles la asamblea como cuerpo unido al Cristo celestial. Así pues, los judíos estuvieron escuchando a Pablo hasta que llegó a estas palabras, y entonces organizaron un gran alboroto que terminó con la encarcelación²⁷ del apóstol. Sufrió por la verdad donde no pudo abrirse camino con el testimonio cristiano: «porque no recibirán tu testimonio acerca de mí». Era necesario, no obstante, que los judíos manifestaran su odio por el evangelio y presentasen esta última prueba de su inveterada enemistad hacia los caminos de la gracia de Dios.

Independientemente de las otras labores del apóstol —y si las había, el Espíritu Santo no las menciona—, Pablo recibe a los judíos en su propia casa; pero la página de la historia que escribe el Espíritu se cierra y termina aquí. La misión apostólica a los gentiles para establecer la asamblea ha concluido. Roma es la prisión del apóstol, a quien se le había confiado la verdad. Jerusalén le rechaza, Roma le encarcela y le condena a muerte, como habían hecho con el Jesús del que tomaba su parecido, y según el deseo que él expresa en el tercer capítulo de Filipenses. Cristo, y ser conforme a él, eran su único objetivo. Se le concedió tener esta conformidad en el servicio, como la que ya tenía sólidamente arraigada en el corazón y el alma, con la diferencia

²⁷ Esta circunstancia es digna de mención: Cristo había afirmado que Pablo marcharía a los gentiles, pero añadimos a esta afirmación otra: «Date prisa y sal prontamente de Jerusalén; porque no recibirán tu testimonio acerca de mí». Entonces, lo que su testimonio (que no aceptarían en Jerusalén) declaraba fue lo que causó la detención de Pablo. Por la palabra de Cristo y la experiencia vivida por el apóstol, su servicio no estaba en esa ciudad, sino en otra parte.

de que aquel Ministro no elevó la voz en las calles ni quebró el pábilo humeante, y en cambio este otro debía presentar con su testimonio el juicio a los gentiles.

La misión de los doce que salieron de Jerusalén para ir a los gentiles (Mt 28) nunca sucedió, dado el silencio que mantiene el Espíritu al respecto²⁸. Jerusalén los retuvo sin que pudieran siquiera ir hasta las ciudades de Israel. El ministerio de la circuncisión fue dado a Pedro, y el de los gentiles a Pablo, en relación con la doctrina de la asamblea y la de un Cristo glorioso, al que no conoció según la carne. Jerusalén, a la que se sentía atraído por el afecto que le tenía, le rechazó tanto como a su misión. Su ministerio a los gentiles, hasta donde alcanza el poder espiritual, terminó con el mismo resultado. La historia eclesiástica hubiera podido contarnos más cosas, sin embargo Dios se ha encargado de mantenerlo en riguroso secreto. Nada más es revelado por el Espíritu. No tenemos más noticias sobre los apóstoles en Jerusalén, y Roma, como hemos visto (y por lo que sabemos) no retuvo a nadie, salvo que el apóstol de los gentiles estuvo prisionero allí y fue finalmente condenado a muerte.

El hombre ha fracasado en todas partes. Los centros políticos y religiosos del mundo (que Dios dice que pertenecen a esta tierra) rechazaron el testimonio y condenaron a muerte al testador. Pero el cielo ha mantenido inviolados los derechos de este testimonio y lo ha guardado en absoluta pureza. La asamblea, la verdadera metrópolis celestial, eterna y gloriosa de los caminos de Dios, que antes del mundo tenía su lugar en los consejos divinos y respondía a Su corazón de gracia, está unida a Cristo como el objeto de la fe. Es revelada según la mente divina y con la misma perfección, hasta que la Jerusalén celestial se manifieste de forma gloriosa para consumir los caminos de Dios y sea restablecida junto con Sus tratos terrenales dispensados en gracia: el trono, la metrópolis en medio de los gentiles y su desaparecido gobierno, cuyo centro lo ocupó una vez Roma.

Examinemos ahora los pensamientos del apóstol, lo ocurrido desde una perspectiva histórica. Antes de viajar a Roma, Pablo les había escrito desde Corinto. El cristianismo había salido al centro del mundo sin que eso significara que lo hubiera instaurado un apóstol. Pablo lo continuó. Roma era, por así decir, una parte del dominio apostólico que se le escapó (Ro 1:13-15). Esto se toca en el capítulo quince. Si no podía ir, puesto que Dios no iba a querer empezar en la capital del mundo (comparad la destrucción de Hazor en Canaán —Jos 11:11), al menos les explicaría cuál era la base de su apostolado universal y gentil. Algunos cristianos se establecieron allí de la manera que Dios quiso. Eran, al parecer, de la región de Pablo, habiendo estado la mayoría en contacto con él. Fijémonos en el número y en la forma de los saludos al final de la epístola, que tienen un carácter peculiar y hacen parecer a los romanos, en su mayoría, hijos de Pablo.

En Romanos 15:14-29 se desarrolla su posición apostólica respecto a los romanos y otros. Deseaba transmitirles dones espirituales, así como ser consolado por su fe mutua y disfrutar un poco de su compañía. Ellos se sentían cercanos a él; tenían, como cristianos, su lugar en Roma aunque no hubiesen visto nunca al apóstol. Cuando hubiera disfrutado un tiempo con ellos, Pablo se dirigiría a España. Sin embargo, sus planes sufren un revés y todo lo que nos dice el Espíritu es que es apresado. Hay un profundo silencio sobre su visita a España, y en lugar de irse allí tras transmitirles los dones permanece prisionero dos años en Roma. Ignoramos si fue puesto en libertad en algún momento; algunos dicen que sí, otros que no. La Escritura no dice nada al respecto.

En cuanto hubo declarado sus propósitos y el carácter de sus intenciones espirituales con Roma, al tiempo que un vasto campo se abría para él en Occidente, aflora el viejo afecto por su pueblo y Jerusalén: «mas ahora voy a Jerusalén para el servicio de los santos» (Ro 15:25-28). ¿Por qué no dirigirse a Roma por el Espíritu, si en Grecia ya estaba acabada la obra (v 23)? Dios ordenó que pasaran cosas en Jerusalén y que Roma y los romanos tuvieran este triste

²⁸ Marcos 16:20 es, al parecer, el único pasaje alusivo a cómo se lleva a cabo esta misión. Y si no es exactamente así, Colosenses 1:6 se refiere en este sentido a todo el mundo, basando la misión en la ascensión, no en la resurrección.

protagonismo, con relación a la asamblea y el testimonio de un Cristo glorificado que Pablo mostró ante el mundo. En cuanto a él, ¿por qué quería meter a Jerusalén entre su ardor evangélico y la obra? Este afecto y servicio eran buenos para un diácono, o un mensajero de las iglesias, ¡pero para Pablo, que tenía todo Occidente dispuesto a recibir su pensamiento evangélico!

De momento, Jerusalén eclipsaba su mirada. Como hemos visto, el Espíritu Santo le advirtió mientras iba de viaje. Imaginó también el peligro que corría (Ro 15:30-32). Estaba seguro de contar con la total bendición del evangelio de Cristo, pero no en cuanto a regresar con gozo de allí. El motivo por el que les pidió orar por él resultó tener consecuencias inesperadas: fue puesto en libertad; luego cobró ánimo al ver a los hermanos en el Foro de Apio y las Tres Tabernas. A partir de aquí, tampoco hubo viaje a España.

Todo esto es muy serio. El Señor, lleno de gracia y cariño, estaba con su pobre y amado siervo. Un caso como el de Pablo constituye una historia muy conmovedora. Los caminos del Señor son admirables y perfectos en bondad. La realidad de la fe es aquí total. Los caminos de la gracia, perfectos, y perfectos son en el cariño mostrado por el Señor. Él está del lado de su siervo en la prueba que le atenaza, animándole y dándole fuerzas. Al mismo tiempo, en cuanto al deseo de ir a Jerusalén es avisado por el Espíritu de las consecuencias que le sobrevendrán, y por no dar un paso atrás Pablo sufre la disciplina necesaria que hace volver su alma al pleno lugar de bendición ante Dios. Su camino encaja el golpe del poder espiritual. Siente en sus carnes esa fuerza moral que ya conocía y que había intentado poner trabas a su ministerio. Unas cadenas respondían a la libertad que él se permitió. Tal era la justicia de los tratos divinos. Su siervo era demasiado valioso para dejarle pensar como quería. En lo que respecta a los resultados y el testimonio, Dios ordenó todo para la gloria de sí mismo, con sabiduría perfecta respecto al futuro bienestar de la asamblea. Jerusalén, como vimos, rechaza el testimonio a los gentiles, en una palabra, los caminos de Dios para la asamblea (cp 1Ts 2:14-16), mientras que Roma se convierte en la prisión de este testimonio, llevado también delante de los reyes, los gobernantes y el César.

Dijimos que la gracia puso a Pablo en la posición de Cristo, entregado a los gentiles a causa del aborrecimiento de los judíos. Con eso se le hizo un gran favor. La diferencia —además del amor infinito del Señor, que se dio a sí mismo— era que Jesús permanecía en Su lugar ante Dios. Él había venido a los judíos, pero que fuera entregado constituyó el acto que coronó Su devoción y servicio. De hecho, era su propia ofrenda por el Espíritu eterno, la esfera del servicio cumplido como enviado divino. Pablo entró por segunda vez en esta esfera, puesto que la energía del Espíritu Santo le había apartado: «librándote de tu pueblo y de los gentiles, a quienes ahora te envío para que abras sus ojos...» (Hch 26:17). Jesús le había separado de ellos para que ejerciera un ministerio que unificase los dos grupos en un cuerpo, con Cristo en el cielo, que era quien le había enviado. Pablo no conocía en su servicio a nadie según la carne; en Cristo Jesús no había judío ni gentil.

Resumamos su historia: es avisado por el Espíritu Santo de no subir a Jerusalén (cp 21:4), sin embargo prosiguió su viaje a Cesarea. Un profeta llamado Ágabo desciende de Judea y anuncia que Pablo será arrestado y llevado a los gentiles. Ni que decir tiene que esto no impidió que se fuera con ellos. Es cierto; aunque una cosa sucedió después de la otra, todo eso reforzaba la advertencia dada. Cuando andaba en la libertad del Espíritu, siendo avisado por él huía del peligro, pero lo desafiaba cada vez que el testimonio lo requería. En Éfeso se había dejado convencer de que no fuera al areópago.

El Espíritu Santo no suele avisar de los peligros, sino que conduce hasta cada uno de ellos en los caminos del Señor. Caso de presentarse el peligro, provee la fuerza para salir de él. Pablo recibía aquí continuas advertencias y sus amigos le rogaban que no subiera, pero no se dejó convencer. Ellos se conformaron, poco satisfechos, y dijeron: «hágase la voluntad del Señor». No dudo de que fuera Su voluntad, pero no para cumplir precisamente los propósitos que Pablo sabía que no eran del Espíritu. Solo oía la voz de su propio espíritu, que le decía ir y prepararse a sufrir por causa del Señor.

De esta manera, parte a Jerusalén y se dirige a la casa de Jacobo, donde se reunían los ancianos. Pablo les explica la obra de Dios entre los gentiles. Volviéndose ellos a sus prácticas judías, de las que todos andaban llenos, se regocijan en el bien que Dios ha efectuado mediante el Espíritu y quieren que Pablo sea más obediente a la ley. Es necesario que los creyentes en Jerusalén acudan con motivo de su llegada y satisfagan los prejuicios legales que tenían. Pablo se ha prestado hasta ahora a las demandas de los hombres, y negarse a cumplirlas sería reconocer que lo que pensaban acerca de él era verdad. Conducirse según sus deseos sentaría una norma, pero no según la guía espiritual y la libertad del amor, sino por la ignorancia de judíos creyentes llenos de prejuicios. Pablo estaba allí, no como apóstol enviado por el Espíritu, sino por el cariño que sentía por las cosas antiguas. Hay que saber sobreponerse a los prejuicios de otros y librarse de su influencia para condescender amorosamente con ellos.

Estando en su compañía, Pablo no puede por menos que satisfacer sus exigencias. El dedo de Dios estaba en ello. Este acto le entregó en manos de sus enemigos. Buscando agradar a los judíos creyentes, se lanza dentro de las fauces del león y del adversario judío del evangelio.

Debe añadirse que aquí no volvemos a saber de los cristianos de Jerusalén. Ya tenían hecha su obra. No dudo de que aceptaban limosna de los gentiles.

Capítulo 22

Hallándose el templo cerrado y en un revoltijo toda la ciudad, el tribuno acude para rescatar a Pablo de los judíos que querían matarle y se lo lleva custodiado, según era costumbre entre los romanos ante tales refriegas, dado que despreciaban en lo más profundo esta nación amada por Dios, orgullosa pero de condición denigrada. Sin embargo, Pablo se gana el respeto del tribuno hallando la manera de comunicarse con él, y este le da permiso para hablar al pueblo. Pablo hablaba en griego al tribuno, pero preparado para ganarse a la gente empleando los medios del amor, se comunica con ellos en hebreo porque son amados a pesar de su rebeldía. El apóstol no se alargó explicándoles la revelación que le hizo el Señor cuando se le apareció, sino que les da detalles personales de aquel posterior encuentro con Ananías, un judío fiel apreciado por todos. Luego aborda el punto tan característico de su posición y defensa. Cristo se le había aparecido con las palabras «no recibirán tu testimonio acerca de mí». Bendecimos a Dios por ello, pero ¿cuál era el motivo de explicárselo a esas mismas personas que, según palabras de Pablo, no lo recibirían? Lo único que confería autoridad a una misión así era la Persona de Jesús, y ellos no querían creerlo.

En su declaración, el apóstol acentuó la piedad del judío Ananías, aunque en vano. Por muy genuino que fuera su testimonio, no era sino una caña cascada. Aun así, el testimonio era de todo menos suyo. Su discurso tuvo un resultado: el resurgir del odio violento de esta nación infeliz ante cada pensamiento de la gracia de Dios, y la ilimitada soberbia que precedió a su caída. El tribuno, viendo lo violentado que estaba el pueblo, sin comprender del todo lo que ocurría ordena con altivo ademán de romano encarcelar a Pablo y azotarle, para hacerle confesar lo que quiso decir con todo aquello. Pablo tenía la ciudadanía romana por derecho de nacimiento, mientras el tribuno la había tenido que adquirir para comprarse la libertad. El apóstol le revela a continuación este hecho, y los que iban a azotarle dan un paso atrás. El tribuno siente temor de haberle atado, pero como su autoridad estaba en juego no le suelta. Al día siguiente, le quita las ataduras y se lo lleva ante el concilio, el sanedrín de los judíos. El pueblo, y no solo sus gobernantes, había rechazado la gracia.

Capítulo 23

Pablo se dirige al concilio con la gravedad y predicamento de un hombre honesto acostumbrado a un camino con Dios. No se trataba de dar un testimonio para el bien de ellos,

sino de emitir un llamamiento a la conciencia limpia (si la tenían). La reacción siguiente fue la cólera del juez y príncipe del concilio. Pablo, irguiéndose después de tal proceder, pronuncia sobre él un juicio de parte de Dios, pero advertido de que era el sumo sacerdote —que no llevaba el atuendo habitual que le delatase— pide excusas por su ignorancia del hecho y cita la prohibición formal de la ley sobre hablar mal de un líder. Todo esto era apropiado y oportuno en lo que respecta a los hombres, pero el Espíritu Santo no podía decir «no sabía». No era el Espíritu, que con su actividad realizaba la obra de la gracia y el testimonio, sino los medios que Dios utilizaba para juzgar definitivamente al pueblo. Es con este carácter, en lo relativo a los judíos, que Pablo comparece aquí. Hace una mejor comparecencia que sus jueces, los cuales se desprestigian manifestando su temible condición; sin embargo, él no comparecía para Dios ante ellos. Después se fijó en las distintas sectas que formaban el concilio y que eran causa de desorden, y declara que él mismo era hijo de fariseo, cuestionando así un dogma de esta secta. Era verdad, pero sus palabras no expresaron todo el sentido que quiso darles: «aun estimo todas las cosas como pérdida, por amor de Cristo Jesús». Los judíos se ponen en evidencia. Estas palabras produjeron tal algarabía que el tribuno tuvo que llevárselo de allí. Dios dispone todas las cosas. Un sobrino de Pablo, del que no se hace mención en otros lugares, oye acerca de una emboscada que le tenían preparada y le avisa. Pablo le pide que informe al tribuno y este prepara una rápida fuga para que el apóstol escape a Cesarea custodiado por la guardia. Dios le guardaba, pero todo acaece al nivel de los humanos y providenciales caminos. No hay ningún ángel, como con Pedro, ni tampoco un terremoto como en Filipos. Nos hallamos, con todo rigor, ante una situación muy distinta.

Capítulos 24-25

Pablo comparece sucesivamente ante los gobernantes: el sanedrín, Félix, Festo, Agripa, y más adelante César. Y aquí, donde lo permite la ocasión, tenemos unas sorprendentes apelaciones a la conciencia. Cuando se trataba de su defensa, las varoniles y honradas declaraciones de una buena conciencia se elevaban sobre las pasiones e intereses que envolvían al apóstol. Corro una cortina ante el egocentrismo mundano que delata a Lisias y a Festo en su asunción de toda clase de buenas cualidades y una conducta recta, la mezcla de una conciencia despierta, y la ausencia de escrúpulos en los gobernantes; y el deseo de agradar a los judíos, dada la importancia que se daban, o de favorecer el gobierno de un pueblo rebelde, y el menosprecio que sentían quienes no tenían la responsabilidad, como Lisias, de mantener el orden público. La posición de Agripa, y todos los detalles de esta historia, llevan el extraordinario sello de la verdad, y nos ofrecen los rasgos diversos de un estilo tan variopinto que parece que nos encontremos metidos en la escena, donde vemos moverse a los personajes. Todo contribuye a hacer llamativos los escritos de Lucas.

Otras circunstancias requieren que les prestemos atención. Con tal de agradar a los judíos, Festo propuso llevarse a Pablo a Jerusalén. Pero Roma había de tomar parte en el rechazo del evangelio de la gracia, del testimonio de la asamblea, y Pablo apela a César. Por tanto, Festo tuvo que enviarle allí, confundido por la clase de delito que sabía que le había de imputar. Triste cuadro de la justicia humana. Todo tiene la función de cumplir los propósitos divinos. Con el empleo de estos medios, Pablo no tiene más suerte que cuando intentó agradar a los judíos. Quizá para el ojo humano se tratase de un último recurso, dadas las circunstancias. El Espíritu Santo se cuida de informarnos que podría haber sido puesto en libertad si no hubiera apelado al emperador.

Capítulo 26

En Agripa había, según creo, más curiosidad que conciencia, aunque hubiera podido albergar algún deseo de conocer, gracias a esta ocasión, la doctrina que había violentado tanto las mentes del pueblo. La suya era una actitud de indagación, no de simple curiosidad. En general, entendemos el sentido de sus palabras como que estaba no poco convencido de que el cristianismo era cierto, y tal vez se habría convertido si sus emociones no se lo hubiesen impedido. Debemos preguntarnos si el griego transmite aquí todo su sentido, como en general suponemos, y no que solo diga «por poco me persuades a hacerme cristiano», momento en que Agripa disimula, con un afectado y despectivo comentario, su incomodo por la apelación hecha ante Festo de la profesión del judaísmo del apóstol. Creo que esto fue lo que pasó. La idea de «casi cristiano» es una total equivocación, aunque la mente pueda verse influenciada por cosas que la lleven a este convencimiento, que debería rechazar. Le hubiera gustado poder soltar a Pablo, pero Agripa expresó la convicción de que esto habría ocurrido de no haber apelado a César. Da su opinión de forma sabia y razonada a Festo, pero sus palabras las dictaba en realidad su conciencia, las cuales no podía aventurarse a expresar sin el previo acuerdo de Festo y los demás de que Pablo no había hecho nada que mereciera la muerte, o siquiera las cadenas.

Dios quería demostrar la inocencia de su amado siervo ante el mundo. Su discurso tenía esta intención, y va más allá con el objeto de ofrecer una explicación sobre su conducta. Queda reflejada su conversión milagrosa para poder justificar la carrera que prosiguió, pero lo explica de tal manera que quiere obrar en la conciencia de Agripa, quien conocía las costumbres de los hebreos y por eso estaba deseoso de escuchar algo sobre el cristianismo, que a él se le antojaba verdad. En consecuencia, no deja escapar esta oportunidad que se le presenta y con toda solicitud escucha al apóstol relatar su conversión sin moverse de su estrado. El estado de su alma, sin embargo, hace a Pablo dirigirse de forma directa y personal al rey, que enfrascado en este asunto le había pedido hablar. Para Festo, en cambio, era como oír llover.

La dignidad de las maneras de Pablo ante todos estos gobernantes es perfecta. Se dirige a la conciencia olvidándose de sí mismo, en quien el yo manifestaba una total comunión con Dios y hacía elevar la mente sobre todo efecto provocado por las circunstancias. Actuaba para Dios con perfecta deferencia hacia la posición que ocupaban los presentes, pero vemos que estaba totalmente por encima de ellos. Cuanto más humillantes eran las circunstancias, más atractivo había en esta superioridad. Ante los gentiles hay un misionero de Dios que se encuentra nuevamente en el lugar correcto. Todo lo que explicó a los judíos era exacto y minucioso, y sin embargo, ¿por qué le afectaba todavía la absoluta falta de conciencia de quienes, sujetos como estaban a sus pasiones, no cejaban ante el testimonio? Como ya vimos, había de ser así para que los judíos pudieran llenar la medida de su iniquidad y que el bendito apóstol pudiera, efectivamente, continuar los pasos de su Maestro.

El discurso de Pablo al rey Agripa nos proporciona el cuadro más exacto de la posición del apóstol, como él la entendía cuando su dilatado servicio y el Espíritu Santo le iluminaban en momentos en los que miraba atrás.

Pablo no habla de la asamblea (era una doctrina aún por enseñar, no parte de su historia). Pero todo lo que se refería a su vida personal, en relación con el ministerio, lo ofrece con detalle. Había sido un fariseo estricto y vincula aquí la doctrina de Cristo con las esperanzas judías. Estaba en cadenas «por causa de la esperanza de la promesa hecha a los padres». No hay duda de que la resurrección se hallaba en esta promesa. ¿Por qué debía pensar el rey que la resurrección era algo imposible, que Dios no podía levantar a los muertos? Esto lleva a Pablo a discurrir sobre otro punto. El apóstol había reflexionado sobre muchas cosas que hubo de hacer contra Jesús de Nazaret y que hizo con su carácter enérgico y la intransigencia de un fiel judío. Su actual condición, como testigo entre los gentiles, dependía del cambio producido en él con la revelación del Señor, cuando se ocupaba de hacer desaparecer Su nombre. Próximo a Damasco, una cegadora luz más brillante que el sol derribó a todos al suelo, y solo él oyó la voz del Justo, la de Aquel que quería ver plasmado Su fiel reflejo en todos lo que le estaban confiados. Pablo fue llamado para dar evidencia ocular de la gloria que había visto, es decir, del Jesús glorioso, y también de las otras cosas, para cuya manifestación Jesús volvería. Un Cristo glorioso y conocido

personalmente en el cielo constituía el tema del testimonio que se le había encomendado a Pablo. Para este fin fue separado de los judíos y de los gentiles, haciendo que su misión se correspondiera con el cielo, de donde provenía. Fue enviado formalmente por el Señor de gloria a los gentiles para cambiarles la posición que mantenían respecto a Dios, abriéndoles los ojos mediante la fe en el Jesús glorioso y sacándolos de las tinieblas a la luz, del poder satánico al divino, y darles una herencia entre los santificados. Esta era una obra consolidada. El apóstol no desobedeció la visión celestial y enseñó a los gentiles que se volvieran a Dios, que anduvieran poniéndolo en práctica. Por esta razón, los judíos intentaban matarle.

Nada más sencillo y veraz que esta historia. El caso de Pablo y la conducta de los judíos quedan fuera de toda duda. Cuando fue llamado a presentarse ante Festo, que naturalmente pensaba que todo era producto de un mero éxtasis irracional, apeló con perfecta dignidad y agudo discernimiento a la sabiduría de Agripa, que supiera el hecho en que todo se basaba, pues la cosa había trascendido.

Agripa estuvo a punto de convencerse, pero su corazón siguió inmovible. El deseo que expresa Pablo devuelve todo el asunto a una realidad moral. La asamblea se disuelve, el rey vuelve a su lugar regio, cortés y condescendiente, y el discípulo al lugar de prisionero. Pero por otra que sea la posición del apóstol, vemos en él un corazón profundamente dichoso, lleno del Espíritu y del amor de Dios. Los años de prisión no le deprimieron, sino que le habían librado del abrumador vínculo con los judíos para proporcionarle momentos que podía pasar con Dios.

Sorprendido y consternado por la rápida, directa y honesta narración de Pablo²⁹, Agripa se quita de encima la presión de su discurso, diciendo: «por poco me persuades a ser cristiano». La caridad podría haber dicho «quiera Dios que lo fueras», pero en el corazón de Pablo se acciona un resorte que le impulsó a decir: «¡quiera Dios que no solo tú, sino también todos los que hoy me oyen, fueseis hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas!». Qué felicidad y amor —en Dios estas dos cosas van unidas— se expresan con estas palabras. Un pobre prisionero, anciano y rechazado en el ocaso de su vida, era rico en el Señor. ¡Benditos años pasados en prisión! Podía presentarlos como pauta de la felicidad que llenaba su corazón. Terminadas sus fatigas y la obra (que en un sentido también estaba acabada), poseía a Cristo y con él todas las cosas. El Jesús glorioso que le había introducido en los dolores y las labores del testimonio era ahora su posesión y corona. Así suele ser siempre. La cruz y el servicio, en virtud de lo que Cristo es, consisten en poder gozar de todo lo que él significa cuando el servicio está acabado, y esto constituye en cierto sentido la medida de este gozo. Con Cristo sucedió de un modo absoluto; el gozo es nuestro, según nuestra medida y la gracia soberana de Dios. Solo con la expresión de Pablo se supone que el Espíritu Santo actúa en el corazón para que pueda disfrutar con libertad de Él y que no lo contriste.

Un Jesús glorioso que le amaba, que ponía el sello de la aprobación y el amor en su servicio, que le llevaba consigo a la gloria, y con quien el apóstol formaba una unión (conocedor de ella por el abundante poder del Espíritu y la justicia divina); un Jesús que revelaba al Padre, por quien el apóstol tenía su lugar de adopción, formaban un manantial infinito de gozo para Pablo y el objeto glorioso de su corazón y fe. Siendo conocido en amor, era llenado con el amor que sobreabunda para todos los hombres. ¿Qué más podía desearles sino que fueran como él, pero sin cadenas? ¿Cómo no podía deseárselo un corazón lleno de un afecto tan grande? Jesús llenaba su medida.

Probada su inocencia y aceptada por sus jueces, los propósitos divinos todavía debían cumplirse. Su apelación a César debía llevarle a Roma para que pudiera dar testimonio. Nuevamente se asemeja a Jesús en su posición, pero al mismo tiempo, si los comparamos, el siervo empequeñece y es eclipsado por Cristo, de modo que se hace difícil poder pensar únicamente en él. Jesús se ofreció a sí mismo en gracia y apeló a Dios. Respondió solo para dar testimonio de la verdad, esa verdad que era la gloria de su Persona, sus derechos y humildad,

²⁹ Agripa dice relajado: «Por poco me persuades a ser cristiano», ocultando sus sentimientos con un lenguaje peyorativo. Pero no tengo duda de que su conciencia estaba siendo muy trabajada.

una Persona cuya luz resplandece a través de los negros nubarrones de la violencia humana, y que de no haber llegado el momento de cumplirse la voluntad divina no habrían podido cernerse sobre él. Para este propósito se entregó al poder que desde lo alto se le daba.

Pablo apela a César, por cuanto era romano. Una dignidad humana conferida por el hombre, y disponible ante ellos para que él la empleara y Dios realizara sus propósitos. El primero es bienaventurado, junto con su servicio; el segundo, perfecto, constituyendo el objeto del propio testimonio. Sin embargo, si para Pablo deja de existir el libre servicio del Espíritu Santo y cae prisionero en manos de los romanos, cuando menos su alma está llena del Espíritu. Entre él y Dios todo es libertad y gozo. Todo resultará en bendición, es decir, en su victoria definitiva en la contienda con Satanás. ¡Qué felicidad! A través de las comunicaciones del Espíritu de Jesucristo, la palabra de Dios no se encuentra atada. Unos adquirirán fuerza y libertad, en vista de las ataduras del apóstol, y aun después, cuando venga el declive de la iglesia, habrá quienes actúen aprovechándose de ellas, pero Cristo será predicado y exaltado, y con esto se conforma Pablo. Qué gran verdad, ¡y el gozo que siente el corazón ante lo que pueda pasar! Todos somos los sujetos de la gracia (alabado sea Dios), así como instrumentos en el servicio. Cristo es su objeto y Dios la salvaguarda de Su gloria. Nada más es necesario; esto es nuestra porción y gozo perfecto.

Hemos de destacar, en esta interesante historia, que cuando Pablo pudo haberse visto más en apuros, y su camino mostraba tal vez de todo menos un poder espiritual, provocando aquel desorden en el concilio al esgrimir argumentos que después dudaría totalmente en justificar, el Señor se le aparece para darle fuerza y ánimos. Jesús, que antes le pidió en Jerusalén que se marchara porque no querían recibir su testimonio, y le había avisado de que no fuese porque Él llevaba a cabo Sus propósitos a expensas del afecto y la debilidad humana de su siervo, ejerciendo una íntegra disciplina con estos medios, se le aparece para decirle que, del modo en que había testificado de él en Jerusalén, también debería hacerlo en Roma. Esta es la manera en que el Señor interpreta toda la historia, justo cuando su siervo debía de estar sintiendo la tribulación como resultado de esta situación, abrumado y recordando que el Espíritu le había prohibido subir a Jerusalén, pues cuando se está en la prueba la duda produce tormento. El fiel y gracioso Salvador interviene, por tanto, para animar al pobre siervo y darle su interpretación de la posición en que se encontraba, mostrándole cuál es el carácter del amor que le tiene. Si era necesario ejercer la disciplina a causa de su estado, en ella estaba Jesús para acompañarle y perfeccionarle. Nada más conmovedor que la ternura y la conveniencia de esta gracia. Como ya hemos dicho, todo esto propició que se llevaran a cabo los propósitos divinos con referencia a los judíos, los gentiles y el mundo.

Dios puede hacer coincidir en una dispensación los más variados fines.

Capítulo 27

Restaurado y reanimado por la gracia, en este viaje Pablo es dueño de su estado. Es él quien consuela, según la comunicación que recibe de Dios, y el que reconforta e interactúa en cada momento en medio de la escena que le rodea. Los intensos matices de realidad que la descripción de Lucas, su compañero, ofrece de la travesía, no necesita más comentarios. Esta escena es admirable por la imagen tan vívida que ofrece. Nuestra atención está puesta en cómo se comporta Pablo en medio de la desconfianza y el desasosiego del resto del pasaje.

Capítulo 28

En Malta le vemos otra vez ejerciendo su habitual poder entre el pueblo bárbaro. Uno se da cuenta de que Dios está con él. El tema de la evangelización no aparece, sin embargo, como motivo de su estancia allí o del viaje.

Arribados a Italia, Pablo está deprimido. El amor de los hermanos le da fuerzas y nuevos ánimos. Luego continúa hasta Roma, donde permanecerá dos años en una casa alquilada con una guardia personal. Probablemente, los que le llevaban a Roma tenían entendido que todo se trataba de un asunto de celos judíos, dado que en la travesía le trataron con el máximo respeto. Además, él era romano.

Llegados a Roma, llama a los judíos, y por última vez se nos describe su estado y el juicio que colgaba sobre sus cabezas desde que fue anunciada la profecía (relacionada especialmente con la casa de David y de Judá). El juicio pronunciado por Isaías y que el Señor Jesús declaró que habría de sobrevenirles por haberle rechazado —y cuya ejecución quedó interrumpida con motivo de la misericordia divina, hasta ser también rechazado el testimonio del Espíritu—, es presentado por Pablo al finalizar la parte histórica del Nuevo Testamento. Es su condición definitiva la que declara solemnemente el ministro de la gracia soberana, y debía continuar hasta que Dios interviniera en poder para darles arrepentimiento y libertad y él pudiera glorificarse en ellos por medio de la gracia.

Ya hemos señalado esta característica de los Hechos, que sobresale aquí de manera sorprendente: dejar a un lado los judíos. Ellos mismos se apartaron cuando rechazaron el testimonio de Dios y su obra, y no le van a seguir en su progreso de gracia, quedando así totalmente excluidos, sin Dios y sin comunicación alguna de su parte. La palabra de Dios y su misericordia permanecen para siempre, pero habrá otros que tomen el lugar de una relación real y positiva con él. Personas que de entre ellos entrarán en otra esfera con distinto fundamento, mientras que Israel desaparecerá y será quitado por un tiempo de la mirada divina.

Esto es lo que nos presenta el libro de los Hechos. La paciencia de Dios se ejercita para con los judíos en la predicación del evangelio y en la misión apostólica del comienzo. Su hostilidad va desarrollándose por momentos y llega a su cenit en el caso de Esteban. Pablo surge como testigo de la gracia hacia ellos como remanente elegido, porque él mismo era israelita, e introdujo, en relación con un Cristo celestial, algo totalmente nuevo como doctrina: la asamblea, el cuerpo de Cristo, y la desaparición de toda distinción entre judío y gentil como pecadores, llevados a la unidad de este cuerpo. Esto se vincula históricamente con lo establecido en Jerusalén, a fin de mantener la unidad y la continuidad de las promesas. Pero como doctrina, estaba escondido en Dios en todas las épocas, habiendo permanecido oculto en sus propósitos de gracia antes de que el mundo existiera. La enemistad de los judíos hacia esta verdad nunca disminuyó. Emplearon todos los medios para provocar a los gentiles contra aquellos que enseñaban la doctrina y prevenir la formación de la asamblea. Habiendo actuado con perfecta paciencia hasta el final, Dios introduce en la tierra, y en el lugar de los judíos, la iglesia como casa y depositaria de las promesas, haciéndola Su habitación por el Espíritu. Los judíos son dejados de lado, pero ¡ay!, su espíritu pronto se apoderaría de la asamblea. La clara enseñanza de que no había diferencia alguna entre judío y gentil, iguales por naturaleza a los hijos de condenación, y de que sus privilegios eran iguales y compartidos como miembros de un único cuerpo, ha sido plenamente declarada y asentada para toda relación entre Dios y las almas poseedoras de fe. Esta es la doctrina del apóstol en las epístolas a los romanos y a los efesios³⁰. Al mismo tiempo, el don de la vida eterna, como fue prometido antes del mundo, se ha manifestado mediante el nuevo nacimiento³¹ con el comienzo de una existencia nueva y un carácter divino, con derecho a participar de la justicia divina. Estas dos cosas van juntas en nuestra resurrección con Cristo, por la cual nuestros pecados son perdonados y somos llevados ante Dios, como Cristo, que es a la vez nuestra vida y justicia. Esta vida se manifiesta en

³⁰ En Romanos, en cuanto a su posición personal; en Efesios, en cuanto a su posición como cuerpo.

³¹ La palabra «regeneración» no se aplica en la Escritura al nuevo nacimiento. Es un cambio de posición en nosotros relacionado con nuestra muerte y resurrección con Él. La encontramos dos veces en Mateo 19, con el reino venidero de Cristo, y en Tito, con el lavamiento del bautismo. Como figura, nos saca del viejo estado adámico y nos introduce en el cristiano, pero es distinto a la renovación del Espíritu Santo.

conformidad a la vida del Cristo terrenal, pues nos dejó un ejemplo a seguir. Se trata de la vida divina revelada en el hombre (en Cristo como el objeto y en nosotros como testimonio).

La cruz de Cristo es la base, el centro fundamental de todas estas verdades, de las relaciones entre Dios y el hombre, lo que este era y su responsabilidad; la gracia; la expiación; la finalidad de la vida, en cuanto al pecado, la ley y el mundo; la eliminación del pecado por la muerte de Cristo y sus resultados en nosotros. Todo queda establecido en la cruz dando lugar al poder de la vida que había en Cristo, que glorificó a Dios de manera perfecta para aquella nueva existencia en la que entró como humano en presencia del Padre, y por cuya gloria resucitó de los muertos.

Esto no impide que Dios reanude sus caminos de gobierno terrenal con los judíos, cuando la iglesia ya esté completa y se manifieste en el aire. Lo hará según las promesas y las declaraciones de la profecía. El apóstol también explica esto en la epístola a los romanos, pero pertenece a otro estudio. Los caminos divinos para el juicio sobre los gentiles se nos mostrarán también entonces, y de principio a fin, en el Apocalipsis, así como en los pasajes proféticos de las epístolas relacionados con la venida de Cristo y su gobierno del mundo, junto con las necesarias advertencias para la asamblea cuando empiecen a percibirse los tiempos de la mentira y se desarrollen a un nivel moral, contribuyendo a la ruina del testigo de Dios en la tierra.

Cuando fue llevado a Roma, nuestro apóstol declaró —en vista de la incredulidad manifiesta entre los judíos, a la que ya hemos hecho referencia— que la salvación de Dios es enviada a los gentiles. Permanece allí dos años completos en la casa que había alquilado, recibiendo visitas (pues no tenía libertad de ir a ellos) y predicando con solicitud el reino de Dios y las cosas que concernían al Señor Jesús, sin que nadie se lo impidiera.

Aquí termina la historia de este estimado siervo de Dios, amado y honrado por su Maestro, y prisionero en esa Roma que, como cabeza del cuarto imperio, había de ser la sede del antagonismo entre los gentiles, como Jerusalén lo había sido entre los judíos para el reino y la gloria de Cristo. Todavía no había llegado el tiempo para que se cumpliera la total revelación de esta resistencia. El ministro de la asamblea y del evangelio de gloria era allí prisionero. Así es como Roma empieza su historia, relacionada con el evangelio que el apóstol predicaba. Dios estaba con él.